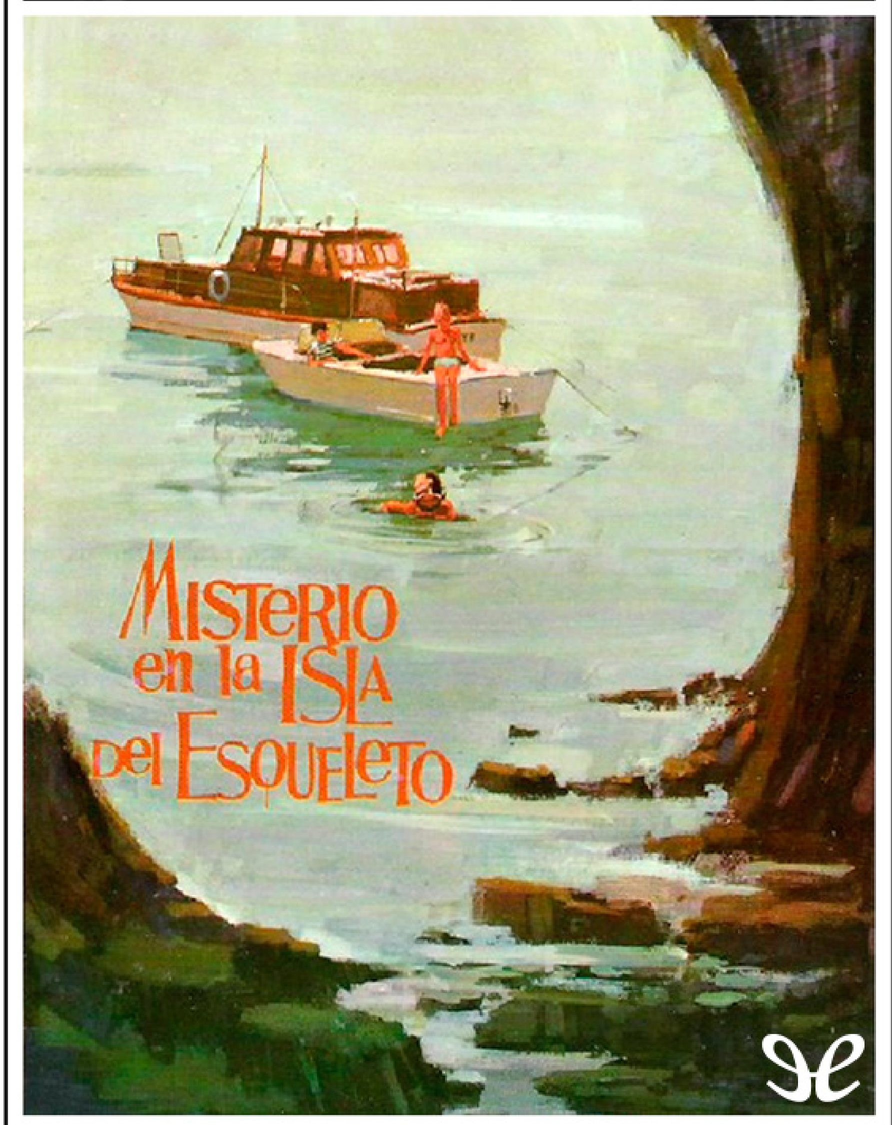
# ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



Robert Arthur

# Misterio en la Isla del Esqueleto

## Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 6

**ePub r1.3**
**Poe** 22.06.16

Título original: *The secret of skeleton island*
Robert Arthur, 1966
Traducción: María Lourdes Pol de Ramírez
Ilustraciones: Harry Kane
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Poe

Editor digital: Poe
ePub base r1.2



# ¡ATENCIÓN!

Mi advertencia va dirigida a quienes son de naturaleza nerviosa, e inclinados a morderse las uñas ante una aventura, peligro o suspenso. No obstante, si tú, amigo lector, prefieres tales ingredientes en una historia, con fondo de misterio e intriga… ¡Adelante!

Aquí tenemos la sexta aventura que presento de los Tres Investigadores. Afirmo que nunca se hallaron ante apuros mayores. Empero, tú no estás obligado a creerme. Quizá prefieras comprobarlo por ti mismo. En tal caso… ¡Adelante!

Si aún desconoces a Los Tres Investigadores, Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, te diré que habitan en Rocky Beach, junto al océano Pacífico, a escasos kilómetros de Hollywood, California. Tiempo atrás fundaron su organización destinada a resolver acertijos, enigmas y misterios, cosa que han logrado en cuantos casos han intervenido.

Jupiter Jones, primer investigador, es el cerebro de la sociedad; Pete Crenshaw, segundo investigador, más alto y fuerte, sobresale por sus condiciones atléticas; Bob Andrews, tercer investigador, es el más estudioso, y a su cargo está el archivo de la entidad y la búsqueda de datos en periódicos y bibliotecas.

¡Ahora comienza el *show*! ¡Pasa la página y viaja con los Tres Investigadores a la Isla del Esqueleto!

ALFRED HITCHCOCK

# Capítulo 1

# Un caso para los Tres Investigadores

—¿Sabéis bucear? —preguntó Alfred Hitchcock.

Al otro lado del enorme escritorio de su oficina en los Estudios World, Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews, se mostraban interesados. Pete contestó.

—Acabamos de pasar nuestros exámenes finales, señor. Anteayer, en la bahía, nuestro preparador nos dio de alta.

—No es que seamos unos expertos, pero nos defendemos bien y conocemos las reglas —añadió Jupiter—. Tenemos gafas y aletas de nuestra propiedad. Las botellas y equipo respiratorio los alquilamos cuando vamos a bucear.

—¡Excelente! —alabó el señor Hitchcock—. Creo que sois los tres chicos apropiados que necesito para la tarea.

—¿Tarea? ¿Se refiere a un trabajo de investigación?

El señor Hitchcock asintió.

—Ciertamente. Pero además tendréis que actuar.

—¿Actuar? —exclamó sorprendido Pete—. No somos actores, señor. Sólo Jupiter ha trabajado en la televisión, de niño.

—No quiero actores profesionales —aseguró el señor Hitchcock —. Necesito muchachos corrientes. Como ya sabes, Pete, tu padre se halla en el Este con el director Roger Denton. Rueda una película de suspense llamada: «¡Persígueme más de prisa!».

El padre de Pete era un técnico experto en cinematografía.

—Sí, señor. Ahora se encuentra en Filadelfia.

—Estás en un error, muchacho —Alfred Hitchcock mostróse complacido ante el asombro de Pete—. En este momento se encuentra en una isla del Atlántico, en la costa sudeste de los

Estados Unidos, y ayuda a reconstruir un viejo parque de atracciones para la escena final de la película. Está en la isla del Esqueleto.

—¡En la isla del Esqueleto! ¡Caracoles! —exclamó Bob—. Suena a refugio de piratas.

—Ciertamente, en tiempos fue escondite de piratas —le informó el director—. La isla del Esqueleto. ¡Qué nombre más siniestro! Dicen que está encantada por un fantasma. Hay huesos humanos que blanquean sobre las arenas de sus playas. A veces, cuando el mar está revuelto, aparecen doblones de oro.

»Pero no os hagáis ilusiones. No hay tesoros escondidos en la isla. Eso está comprobado. Únicamente quedan restos de cargamentos esparcidos en el fondo de la bahía.

—¿Y quiere usted que vayamos allí? —preguntó Jupiter—. ¿Está seguro que hay un misterio que resolver?

—Efectivamente —el señor Hitchcock juntó las puntas de sus dedos—. Tu padre, Pete, y un par de ayudantes acamparon allí y contrataron hombres de aquella zona para arreglar el parque de atracciones, donde se filmarán las escenas finales de la película, cuya parte principal ocurre en Filadelfia.

»Nuestro equipo se halla en dificultades: alguien les roba material, y también sabotea las embarcaciones. En vista de ello, contrataron a un vigilante nocturno, y si bien las molestias no son tantas como antes, aún siguen soportándolas.

»La isla del Esqueleto es pintoresca y las aguas de su bahía de escaso fondo. Roger Denton decidió que mientras trabajaban en la isla, su ayudante Harry Norris, dirigiera un equipo de tres jóvenes en período de vacaciones estivales, en busca de un tesoro pirata.

—¡Excelente idea, señor! —alabó Pete.

—Bueno, eso aumentará los gastos, pero la compañía tiene a Jeff Morton, experto buceador y fotógrafo submarino. Con él trabajaréis vosotros y así mejoraréis vuestra técnica. Durante el tiempo que os sobre pasearéis por la ciudad atentos a cualquier pista que lleve a identificar a ese misterioso ladrón. Mantendremos en secreto vuestra identidad para que nadie sospeche de vosotros.

—¡Fantástico! —dijo Bob entusiasmado—. Claro, siempre que nuestras familias nos dejen.

—Espero que no haya oposición, puesto que el señor Crenshaw

estará con vosotros —respondió el señor Hitchcock—. Quizás el misterio quede en nada, empero de vuestra experiencia puede esperarse que descubráis más de cuanto nosotros sospechamos.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Pete.

—Tan pronto haga unos arreglos con el señor Denton y tu padre, Pete. No obstante, regresad a vuestras casas y preparad el equipaje. Espero que mañana salgáis en avión para el Este. A ti, Bob, encargado del registro e investigación burocrática, te interesarán estos artículos sobre la isla del Esqueleto. En ellos se hace historia de cómo fue descubierta, qué piratas la utilizaron como escondite y base de operaciones, y otros datos interesantes. También os ayudará a familiarizaros con la isla. Sin duda, el viaje puede resultar una experiencia interesante para vosotros.

# Capítulo 2

# Recibimiento inesperado

—¡Ahí está la isla del Esqueleto! —exclamó Bob Andrews.

—¿Dónde? ¡Déjame ver! —exclamaron Jupiter y Pete.

Ambos se inclinaron sobre la ventanilla de Bob. El avión plateado sobrevolaba una larga y estrecha bahía. La bahía Atlántica.

Bob señaló una pequeña isla casi directamente debajo de ellos. Su forma tenía un curioso parecido a una calavera.

—La reconozco —dijo Bob—, pues resulta idéntica a la que nos mostró en el mapa el señor Hitchcock.

Los tres observaron con ansiosa curiosidad la isla del Esqueleto, que hacía trescientos años había sido cobijo de piratas. Según el señor Hitchcock, no existía ningún tesoro pirata enterrado allí. Pero ¿y si estaba equivocado? La posibilidad de un hallazgo abrió surcos de esperanza en la imaginación de los Tres Investigadores. En el peor de los casos, la isla encerraba un misterio que ellos intentarían resolver.

De repente vieron la isla mucho mejor.

—¡Ésta debe ser La Mano! —exclamó Jupiter.

—¡Y aquéllos, Los Huesos! —indicó Pete, señalando unos arrecifes entre la isla del Esqueleto y la de La Mano.

—¡Cáspita! —habló Jupiter—. Dejamos Rocky Beach después de comer, y llegamos a la hora de cenar.

—Mirad —dijo Bob—. La Mano es realmente una mano. Los dedos están formados por arrecifes sumergidos la mayor parte del tiempo, si bien desde aquí arriba se aprecian con mucha claridad.

—Espero tener oportunidad de explorar La Mano —deseó Jupiter—. Nunca he visto un rompiente sumergido. Los artículos de

revista que nos diera el señor Hitchcock dicen que en los días de marejada, el agua sale disparada hacia arriba como surtidores expedidos por una ballena.

Las islas quedaron tras ellos, y también Fishingport, ciudad donde les aguardaba una habitación en una casa de huéspedes.

Mientras el avión iniciaba el descenso, apareció a la derecha otra ciudad de regular tamaño. Era Melville, dotada de aeropuerto. Minutos más tarde, los muchachos se desabrochaban los cinturones. El avión se había detenido frente al edificio terminal.

Los Tres Investigadores miraron desde las escaleras del avión a la pequeña multitud que aguardaba detrás de una valla de alambre.

—¿Nos espera tu padre, Pete? —preguntó Bob.

—Dijo que lo intentaría. No obstante habrá otra persona si él no puede venir —contestó Pete—. No lo veo.

—Ahí se acerca alguien que parece buscarnos —Bob señaló a un hombre bajo y regordete con nariz roja.

—¡Eh! —gritó el desconocido—. ¿Sois los tres chavales detectives de Hollywood? Me dijeron que os recogiera —sus ojos pequeños y astutos miraron inquisitivos a los muchachos—. La verdad es que os supuse mayores.

Jupiter se irguió.

—Venimos a trabajar en una película. ¿Por qué supone que somos detectives?

El hombre parpadeó sorprendido.

—Bueno, no hay mucho que yo ignore —se sonrió—. Ahora seguidme. Os llevaré en mi coche. Otro vehículo recogerá el equipaje y otros efectos que nos envían de Hollywood en este avión.

El grupo caminó hasta el exterior del aeropuerto, donde se hallaba estacionado un turismo.

—Subid, chicos —invitó el hombre—. Hay media hora larga de camino, y parece que tendremos tormenta.

Bob miró el firmamento. El sol brillaba en el horizonte. Pero negras nubes avanzaban desde el Oeste. Un relámpago cabrilleó delante de las nubes. Sin duda, la tormenta no tardaría en desencadenarse.

Los Tres Investigadores se acomodaron en el asiento posterior, el hombre se puso al volante y el coche se alejó del aeropuerto, hasta el norte.

—Perdóneme señor… —empezó Jupiter.

—Llámame Sam —dijo éste—. Todo el mundo me llama Sam.

Dicho esto pisó el acelerador y el coche emprendió veloz carrera.

El sol se había ocultado detrás de una nube, y el día tornóse oscuro.

—Perdóneme, *señor* Sam —repitió Jupiter—. ¿Trabaja usted para la compañía cinematográfica?

—Regularmente no, muchacho, pero acepté recogeros como favor. Mirad, llega la tormenta. Será noche propicia para la aparición del fantasma del tiovivo. ¡No me gustaría encontrarme en la isla del Esqueleto esta noche!

Bob sintió que un hormiguero recorría su espina dorsal. ¡El fantasma del tiovivo!

Los relatos periodísticos que habían leído hablaban del fantasma que supuestamente encantaba la isla del Esqueleto. Según la leyenda se trataba de la adorable pero obstinada Sally Farrington, que veinticinco años atrás montara en el tiovivo una noche. Una repentina tormenta obligó a detener el alegre tiovivo. Todo el mundo se apeó excepto Sally, que rehusó descender de su caballo de madera. Parece ser que la joven gritó desafiante que ninguna tormenta impediría que ella terminase de dar las vueltas que aún faltaban.

Mientras discutía con el empleado del tiovivo, el poste metálico de la instalación atrajo un rayo. Ante el horror de todos, Sally Farrington murió en el acto.

Sus últimas palabras habían sido: «No temo a ninguna tormenta, y pienso acabar estas vueltas, aunque sea la última cosa que haga».

Nadie puso en duda que la tragedia había sido por culpa suya. Empero ningún vecino llegó a imaginarse lo que sucedería después. Transcurridas unas semanas, una noche tormentosa, en que el parque de atracciones se hallaba cerrado y vacío, contemplaron cómo se encendían las luces del tiovivo. El viento les llevó sonidos de música.

El señor Wilbur, dueño del parque, hizo que unos hombres investigasen el misterio. Cuando llegaron a la isla vieron girar el tiovivo y una figura cubierta de blanco montada en uno de los caballos.

De repente las luces se apagaron y la música cesó. Minutos después, los componentes de la partida hallaron el parque totalmente vacío. Pero en el suelo encontraron un pañuelito empapado, con las iniciales «S. F.». Lo reconocieron como uno de los pañuelos de Sally Farrington.

Una oleada de temor supersticioso se extendió entre los ciudadanos. Se dijo que el fantasma de Sally había regresado para acabar el interrumpido viaje. El parque de atracciones adquirió pronto reputación de encantado. La gente no acudió a él, y al año siguiente no fue abierto. La noria, las montañas rusas, el tiovivo… todo viose abandonado y presa de la corrosión de los elementos atmosféricos.

La leyenda del fantasma de Sally no se extinguió. Los pescadores aseguraban verlo, especialmente en las noches tormentosas, vagando por la isla. En los últimos años fue visto una docena de veces, y en ocasiones por dos o más hombres. Todos aceptaban que Sally Farrington había encantado la isla, y esperaba terminar algún día su viaje fatal. Pero el tiovivo no funcionaba, y ella se quedaría allí por siempre.

Así, la isla del Esqueleto se mantuvo desierta durante años. Nada invitaba a ir a sus roquedales, después de cerrado el parque de atracciones. Era sí, lugar propicio para excursiones de verano. Empero nadie se acercaba a la isla, temeroso de su reputación.

—Tengo entendido —habló Sam a los tres amigos— que esos tipos de las películas reconstruyen el viejo parque de atracciones. El fantasma de Sally se alegrará muchísimo. Puede que si vuelve a funcionar, ella logre dar las vueltas que le faltan.

Su risa murió ante la fuerza de la primera ráfaga de aire. La tormenta empezaba a dejarse notar. El hombre dedicó mayor atención a su trabajo de conducir.

La carretera discurría por un terreno pantanoso y deshabitado. Media hora después llegaron a una bifurcación. La carretera principal giraba a la izquierda, y a la luz de los faroles leyeron un letrero que decía: «Fishingport, tres kilómetros». Sorprendidos, advirtieron que Sam torcía a la derecha. Esta carretera no tardó en transformarse en dos surcos arenosos.

—¡La otra va a Fishingport! —dijo Pete—. ¿Por qué ha elegido este camino, señor Sam?

—Es preciso —contestó el hombre—. Hubo novedades y el señor Crenshaw me ordenó que os lleve directamente a la isla en vez de a la casa de la señora Barton.

—Gracias —respondió Pete.

Todos se preguntaron qué habría sucedido. ¿Sería algo grave?

Luego de saltar por la arenosa carretera durante unos tres kilómetros, el coche se detuvo. Los faros pusieron al descubierto un destartalado malecón. Amarrado a él había una barca de pesca bastante maltrecha.

—¡Bajad chicos! —gritó Sam—. ¡Daos prisa! La tormenta está a punto de estallar.

Descendieron del coche, sorprendidos de que la compañía cinematográfica no tuviese mejores medios de transporte. Tal vez la embarcación era del mismo Sam.

—¿No esperamos nuestro equipaje? —preguntó Jupiter.

—Vuestro equipaje está en lugar seguro. Vamos, subid; nos aguarda un largo viaje.

Una vez en la barca, Sam manipuló en el motor, y la pesada hélice empezó a girar. La barca no tardó en dar saltos sobre las inquietas aguas. Los tres muchachos temieron por sus preciosas vidas.

Apenas iniciado el viaje, las plomizas nubes empezaron a descargar fina lluvia entremezclada con granizo. Luego fueron gotas grandes, que empaparon a los muchachos, acurrucados bajo una delgada lona.

—¡Necesitamos impermeables! —gritó Pete—. O seremos los primeros chicos que se ahogan en la bahía Atlántica.

Sam trincó el timón, y de un armario extrajo cuatro impermeables amarillos con capucha. Se puso uno y entregó el resto a los muchachos.

—¡Tomad! Los usamos cuando salimos de pesca.

El de Jupiter resultó ser demasiado estrecho y el de Bob muy largo. Pero les preservaba de la lluvia.

Sam volvió al timón. El cielo se había convertido en una caja de truenos, la pequeña embarcación bandeaba peligrosamente en las altas olas. Los muchachos temieron que volcase en cualquier momento.

Luego de un interminable periodo de tiempo, vieron la tierra

delante de ellos, a la luz de los relámpagos. Pero no había ningún muelle. La sorpresa crecióles cuando Sam acercó la barca a una roca plana que sobresalía del agua y gritó:

—¡Saltad, chicos! ¡No seáis remisos!

Los Tres Investigadores pasaron de la barca a la roca.

—¿No viene usted, señor Sam? —gritó Jupiter, al ver que la barca se alejaba.

—No puedo —gritó Sam—. Seguid el sendero hasta el campamento. No temáis, todo irá bien.

Rugió el motor y la embarcación se diluyó en la tormentosa noche.

Los muchachos inclinaron sus cabezas contra la pertinaz lluvia.

—¡Será mejor que intentemos encontrar ese camino! —gritó Pete.

Jupiter asintió.

Bob captó un extraño sonido, como la respiración de una bestia enorme.

—*¡Fuuuuu-fuuuuu!* —Se oía—. *¡Fuuuuu-fuuuuu!*

—¿Qué sonido es ése? —gritó—. ¡Escuchad!

De nuevo se oyó el extraño ruido.

—*¡Fuuuuu-fuuuuu! ¡Fuuuuu-fuuuuu!*

—No lo sé —contestó Jupiter—. Trataremos de averiguarlo con la luz del próximo relámpago.

Caminaron tierra adentro. Segundos después estalló un intenso relámpago. A la brillante luz advirtieron que se encontraban en una isla pequeña, que desde luego, no podía ser la isla del Esqueleto.

La isla en que se hallaban era todo rocas, provista de una gran joroba en el centro y unos cuantos árboles dispersos. No había camino, ni campamento. Antes que el firmamento volviera a oscurecerse, vieron un chorro de agua que se disparaba hacia arriba desde el promontorio. Surgió como un geiser, y de nuevo oyeron el «*fuuuuu-fuuuuu*».

—¡Un surtidor natural! —gritó Jupiter—. Seguro que se produce a través de un agujero entre las rocas. ¡No estamos en la isla del Esqueleto! ¡Estamos en La Mano!

El desaliento cundió entre ellos.

¿Por qué no estaban en la isla del Esqueleto? Por alguna desconocida razón, Sam los había desembarcado en La Mano, de

noche y en medio de una tormenta. Y carecían de medios para evadirse o pedir auxilio.

# Capítulo 3

# Fantasma a la vista

Jupiter, Bob y Pete buscaron el resguardo de una roca saliente. No estaba totalmente seca, pero les procuraba cierta protección contra el viento y la lluvia. Durante los últimos minutos, habían recorrido lo suficiente de la pequeña isla para convencerse de que se hallaban en La Mano, y que nadie más la habitaba. Ni siquiera tuvieron el consuelo de encontrar una embarcación abandonada.

Habían pasado cerca del curioso e intermitente chorro de agua que surgía en el centro llano de la elevación rocosa. Jupiter, cuya curiosidad científica era sempiterna, incluso bajo circunstancias adversas, explicó que el fenómeno tenía su origen en una hendidura muy profunda en la roca. La presión de las olas forzaba el agua a su través, lanzándola al exterior.

Pero el estudio de aquel surtidor natural no pudo alargarse. Necesitaban hallar un abrigo seguro. La suerte favoreció sus propósitos, no sin que antes hubieran de vencer algunas dificultades.

—¡Sam nos ha abandonado en esta isla! —exclamó Pete indignado, mientras se secaba la lluvia del rostro—. ¿Por qué lo hizo? Me gustaría saberlo.

—Quizá se equivocó y realmente creyó que nos dejaba en la isla del Esqueleto —sugirió Bob.

—No —Jupiter sacudió la cabeza—. Nos trajo aquí adrede. Confieso que estoy desorientado en cuanto a los motivos. También me desconcierta su conocimiento de que somos investigadores. Algo raro ocurre.

—Estoy de acuerdo contigo —aceptó Pete—. Espero no morir de

hambre en esta isla antes de que alguien nos encuentre.

—Aguardaremos el nuevo día —propuso Jupiter—, y confiemos en que alguna barca de pesca nos localizará. Sólo se trata de pasar una mala noche.

—No vienen barcas a este lugar de la bahía Atlántica —intervino Bob—. ¿No recuerdas aquellos artículos que leímos? Un diminuto parásito rojo ataca a las ostras en esta parte de la bahía. Todas las barcas de pesca se han trasladado a Melville, en el extremo sur, donde los mariscos están sanos y se pueden comer sin peligro alguno. Fishingport se ha convertido en un poblado semifantasma, debido a la enfermedad de las ostras.

—Alguien nos encontrará —insistió Jupiter—. Nos buscarán en cuanto se sepa que hemos desaparecido. A la postre, tan absurda situación nos habrá servido para ver en funcionamiento el mágico surtidor.

La materia en discusión pareció agotarse. Por fortuna para ellos no hacía demasiado frío en la isla, y era evidente que la tormenta remitía. Seguros de que nada podían hacer para aliviar la situación hasta que amaneciese, decidieron relajarse y dormir. Pete se despertó sin causa aparente. Luego de unos segundos de franca desorientación, logró recordar dónde estaba y qué había sucedido. Advirtió entonces que la tormenta había pasado. Las estrellas brillaban. En el agua, a unos cientos de metros, vio una luz movediza.

Pete se puso en pie de un salto y gritó para atraer la atención de las personas que, lógicamente, debían de estar con la luz. Bob y Jupiter se despertaron soñolientos, se alzaron del suelo. El foco giró hacia ellos, como si tratasen de localizarlos. Pete se quitó su impermeable amarillo y lo agitó con todas sus fuerzas.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó.

La luz enfocó el impermeable en movimiento y se mantuvo quieta. ¡Al fin los habían descubierto!

El poderoso foco iluminó hacia arriba, mostrando la vela de una pequeña embarcación. Luego recorrió la costa y se detuvo en la caleta. Los chicos vieron cómo se inmovilizaba en aquel punto, si bien oscilaba debido al cabeceo de la barca en su avance.

—¡Desembarcarán allí! —gritó Pete—. Quieren que nos reunamos allí con ellos.

—Por suerte, el cielo está estrellado —observó Jupiter—. Aun así, tendremos que espabilarnos.

—¡Mirad! —exclamó Bob—. ¡Intentan ayudarnos!

El foco iluminaba ahora el terreno entre los chicos y la línea costera, mostrándoles el camino. Se apresuraron cuanto pudieron. Pese a la ayuda, rodaron por tierra más de una vez.

Pete se hizo un rasguño en una pierna. En la caleta hallaron una pequeña barca de vela, varada sobre la arena; su vela había sido arriada. También observaron sorprendidos que el tripulante era un chico provisto de cazadora y pantalones cortos. Éste les esperaba en pie sobre la arena.

El providencial marinero enfocó sus rostros y luego hizo otro tanto con el suyo, curtido, sonriente y enmarcado con un oscuro pelo.

—¡Eh! —gritó con acento extranjero—. Vosotros sois los tres detectives. ¿No es así?

Era extraño que todo el mundo estuviese enterado de sus actividades.

—Somos los Tres Investigadores —confirmó Jupiter—. Celebramos de veras que nos hayas encontrado.

—Sabía dónde encontraros —respondió el muchacho.

Éste era casi tan alto como Pete, si bien con más amplio tórax y músculos en los brazos. Luego de un breve silencio se presentó.

—Soy Chris Markos. Cristos Markos; pero llamadme Chris. ¿Conforme?

—De acuerdo, Chris —aceptó Pete.

Aquel muchacho sonriente y alegre se captó en seguida la simpatía de los tres amigos.

—¿Cómo supiste dónde encontrarnos? —preguntó Bob.

—Es larga la historia. Subid a mi barca y os llevaré a la ciudad. La gente del cine está muy trastornada. Se tranquilizarán en cuanto os vean.

—¿Perteneces a la compañía de «Persígueme más de prisa»? —inquirió Bob mientras saltaban a la pequeña embarcación.

—No, yo no.

Chris empujó la barca y se encaramó a ella por la popa. La vela no tardó en recoger la brisa e impulsar a la pequeña embarcación sobre la superficie del agua.

A mucha distancia, los chicos vieron las luces de Fishingport.

Una vez dominada la embarcación, Chris Markos les habló de sí mismo. Había nacido en Grecia, en las costas mediterráneas, donde viviera con su padre, pescador de esponjas. Su madre había muerto. Los pescadores griegos se sumergen a grandes profundidades y arrancan las esponjas del fondo del océano, sin equipo de inmersión, excepto una pesada piedra para descender a mayor velocidad.

El padre de Chris, uno de los más audaces buceadores a pulmón libre, sufrió un ataque de parálisis, quedó incapacitado y no pudo seguir buceando. Un primo suyo, pescador de ostras de Fishingport, le envió dinero a fin de que él y Chris vinieran a Estados Unidos.

—Durante unos años, la pesca fue bien —dijo Chris—. Luego las ostras enfermaron. Un bichillo rojo penetró en ellas, y desde entonces se acabó esa fuente de riqueza. El primo de mi padre vendió su barca y se fue a Nueva York a trabajar en un restaurante.

»La preocupación ha hecho que mi padre empeore, y ahora se pasa la mayor parte del tiempo en cama. Yo intento cuidarlo, pero me cuesta encontrar empleo. Me enteré de que una compañía de cine venía a la ciudad, y que necesitaría un buceador experto. Yo lo soy. Empecé a entrenarme siendo muy pequeño. Quería ser pescador de esponjas como mi padre. Pero los del cine me dijeron que no. Quizá no confiaron en mí porque soy forastero. Espero que algún día la suerte me sonría.

Navegaban velozmente. Los chicos oían el murmullo del agua hendida por la quilla, y, a su izquierda, las olas que rompían sobre las rocas.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó Pete—. ¿Cómo logras orientarte cuando no puedes ver lo que hay delante? Es fácil estrellarse contra una de esas rocas.

—Lo percibo por los oídos —respondió Chris alegre—. Oigo romper las olas, y sé que navegamos lejos de los arrecifes. Éstos son conocidos por Los Huesos, La isla del Esqueleto está más allá, a la izquierda.

Los chicos se esforzaron en ver la isla del Esqueleto. Conocían su historia, a través de los artículos periodísticos que Alfred Hitchcock les diera.

La isla del Esqueleto fue descubierta en 1565, por un capitán de

navío inglés, llamado White. Al explorarlo comprobó que era utilizada como cementerio sagrado de las tribus indias del continente. Los indios no se molestaban en cavar tumbas muy profundas, y por ello se encontraban infinidad de esqueletos. Por esta razón y por su propia forma de esqueleto, el capitán White la denominó isla del Esqueleto. Al mismo tiempo descubrió La Mano, que eran unos arrecifes con apariencia de este miembro anatómico. También a esa circunstancia se debe su nombre.

En los siguientes años, los piratas infestaron las costas del sudeste. La isla se convirtió en refugio de invierno, y desde ella iban al continente a gastar su oro. El mismo Barbanegra pasó allí un invierno.

Pero las autoridades británicas iniciaron una sistemática persecución de los corsarios. Hacia 1717, muerto Barbanegra, el único bucanero que recorría la región era el célebre capitán Una Oreja. Las tropas británicas realizaron un ataque sorpresa a su cuartel general en la isla del Esqueleto. Casi todos sus hombres murieron en el encuentro, pero él, Una Oreja, logró escapar con sus cofres repletos de tesoros. El comandante inglés, ansioso de recuperar el oro y de exterminar a los piratas, lo persiguió.

El capitán Una Oreja, viendo que le sería imposible escapar, se detuvo en La Mano, donde murieron sus acompañantes. Él resultó gravemente herido y fue hecho prisionero. Empero los cofres que los británicos ansiaban resultaron estar vacíos. El tesoro no fue hallado. La naturaleza rocosa de La Mano hacía imposible que allí pudiera enterrarse el oro. Por otra parte, los ingleses tampoco hallaron posibles escondites. A sus preguntas, Una Oreja, sonriente, dio siempre la misma respuesta:

—Davy Jones tiene los doblones en su puño y nadie volverá a verlos hasta que él decida soltarlos. ¡Y esto no será antes del Juicio Final! Ni siquiera al ser ahorcado confesó dónde había ocultado su tesoro. El comandante inglés viose totalmente burlado. Era de suponer que el capitán pirata debió de vaciar sus cofres por la borda, para evitar que el oro cayese en poder de sus perseguidores. En tal caso, yacía esparcido en el fondo del mar, sin que nadie hubiese logrado hallar los doblones.

Los muchachos escrutaban a través de la oscuridad, en un intento de localizar la isla del Esqueleto. Pero la cerrada negrura

hacía baldíos sus propósitos.

—Debes de navegar mucho por estas aguas —dijo Jupiter a Chris—, cuando sabes dónde te encuentras por el sonido de las olas.

—Desde luego —contestó el muchacho—. Siempre navego por aquí. A veces me zambullo en busca de oro. Habréis oído que hay oro esparcido por el fondo de la bahía.

—Lo sabemos —dijo Bob—; parece ser que han sido encontrados algunos doblones en esta zona. Sin duda alguna proceden del tesoro que el capitán Una Oreja echó por la borda antes de que lo cazaran.

—¿Y has encontrado algo? —preguntó Pete.

Chris vaciló antes de contestar.

—Bueno… encontré algo. No gran cosa. Pero algo, sí.

—¿Cuándo lo encontraste, Chris? —inquirió Jupiter.

—Hace una semana. Sólo fue un poquito. Pero quién sabe, quizás algún día encuentre más. Prefiero no decir dónde. Lo que sabe una persona sola es un secreto seguro. Pero si el conocimiento lo comparten dos, ya no es secreto. Y si son tres, el mundo entero escuchará su pregón. Al menos eso dice un viejo proverbio. Ahora agachad las cabezas, pues voy a realizar una bordada.

Los muchachos obedecieron. La vela se balanceó de uno a otro lado. La barca describió un semicírculo y salió disparada en línea recta hacia las luces de Fishingport.

—La isla del Esqueleto queda exactamente detrás de nosotros —explicó Chris.

De nuevo los muchachos intentaron penetrar la oscuridad. De repente Bob contuvo el aliento, y gritó.

—¡Mirad! ¡Luces!

La negrura se vio punteada de luces que formaban un círculo semejante a un tiovivo. Extraña música flotó sobre el agua. Las luces empezaron a girar lentamente, y después más y más de prisa, luego apareció una figura pálida, que se movía entre los caballos del tiovivo.

—¡El fantasma del tiovivo! —gritó Pete—. ¡Tiene que serlo! ¡Se trata de una chica vestida de blanco!

—¡Chris, gira la barca! —ordenó Jupiter—. ¡Quiero investigar eso!

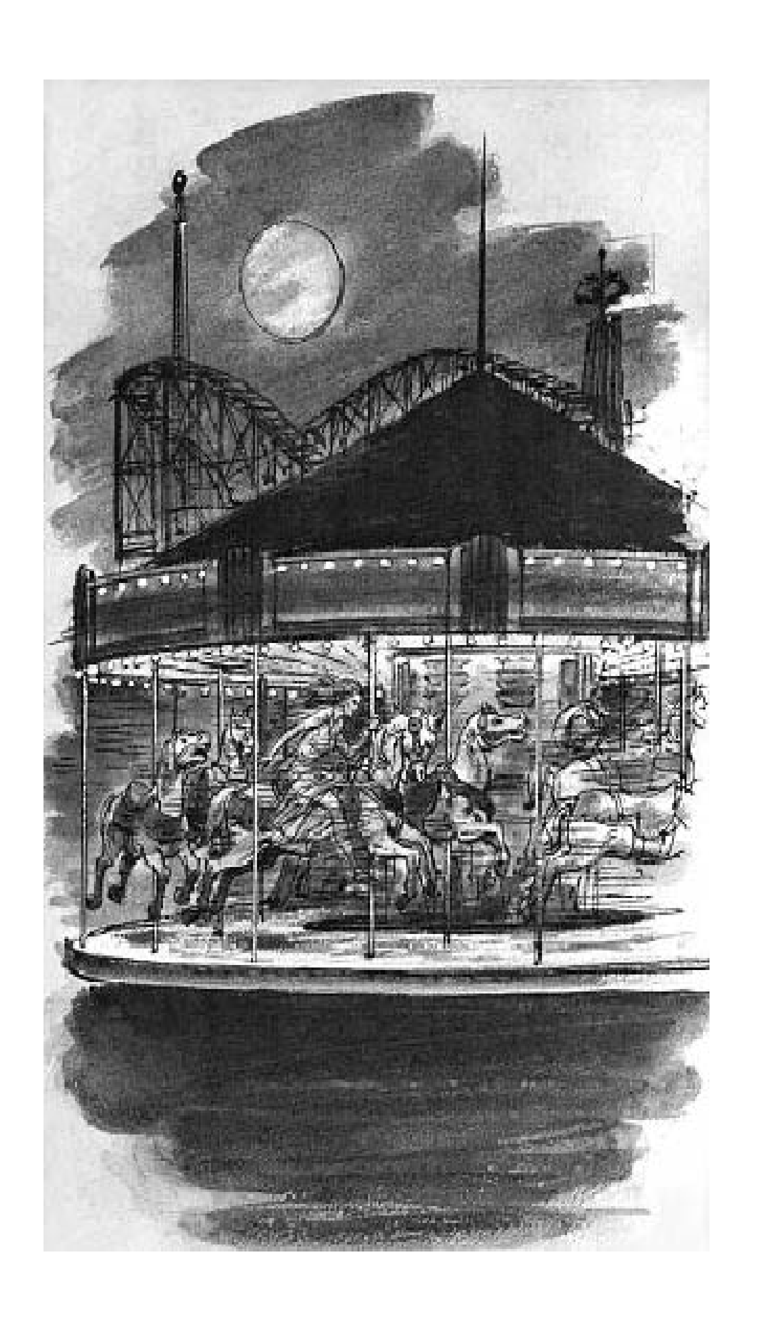
—¡No será el hijo de mi padre quien lo haga! —exclamó Chris—. Sin duda es el fantasma, que vuelve a montar en el tiovivo ahora

que la gente del cine lo ha recompuesto. Nos vamos de aquí. ¡Ojalá tuviera un motor en la barca para irnos de aquí lo más aprisa posible!

Mantuvo la barca en línea recta a Fishingport. Bob y Pete se alegraron. No así Jupiter, cuya desilusión era perceptible. Al primer investigador le hubiera gustado ver de cerca a un fantasma.

Detrás de ellos el tiovivo giraba brillante de luces en la oscuridad. Sally Farrington intentaba acabar sus vueltas interrumpidas veinticinco años atrás. Bob se estremeció ante la idea.

Inesperadamente, la música cesó, y las luces se apagaron. El carrusel y la blanca figura desaparecieron. Por algún motivo, la desgraciada Sally Farrington no había conseguido ultimar su viaje.



Jupiter suspiró desalentado. Media hora más tarde estaban seguros en la casa de huéspedes de la señora Barton en Fishingport. La dueña expandió la noticia por teléfono, y luego preparó un baño para ellos, que, seguidamente, se fueron a la cama. Antes de que el sueño les venciera, Jupiter murmuró desalentado:

—Me hubiera gustado ver más de cerca ese fantasma.

—Tu deseo —replicó Pete soñoliento—, no refleja el sentido unánime de los Tres Investigadores.

# Capítulo 4

# La isla del Esqueleto

Al despertarse, Bob extrañó el techo en declive y empapelado con dibujos a rayas sobre su cabeza. Luego recordó que no se hallaba en su casa, sino a más de cuatro mil kilómetros de Rocky Beach, en una ciudad llamada Fishingport, en la bahía Atlántica.

Se sentó y miró a su alrededor. Se hallaba en la parte superior de una litera. Debajo vió a Pete, que dormía profundamente. En una cama próxima hacía otro tanto Jupiter Jones. Bob tendióse de nuevo, pensando en los extraños acontecimientos de la noche anterior. El ruido de la puerta le distrajo de su pensamiento.

—¡Muchachos! —gritó la señora Barton, mujer alegre y rolliza —. El desayuno os aguarda y el señor Crenshaw también. ¡Bajad en cinco minutos!

Pete y Jupiter, despertados por las voces, se vistieron. Minutos después bajaban al comedor. Éste se hallaba decorado con motivos náuticos, y la pintura de sus paredes era de un amarillo brillante. El desayuno aguardaba dispuesto. Dos hombres, sentados a la mesa, conversaban en voz mesurada y bebían café.

El padre de Pete, de constitución alta y robusta, se puso en pie de un salto cuando entraron los muchachos.

—¡Pete! —exclamó, pasando un brazo alrededor de su hijo. Luego estrechó las manos de Bob y Jupiter—. Anoche me alegró muchísimo saber que habíais sido encontrados y que estabais a salvo. Cuando vine dormíais, y regresé a la isla del Esqueleto. Nos vemos obligados a guardar nuestros suministros y equipajes estos días. Bueno, de eso ya hablaremos. Ahora contadme la historia de vuestra aventura.

Mientras se desayunaban, los Tres Investigadores se relevaron en la misión de explicar lo acaecido la noche anterior. El otro hombre era el jefe de policía local, y se llamaba Nostigon. Su cabeza se movía en señal de asentimiento, mientras escuchaba. Cuándo los muchachos se refirieron al individuo que les recogiera en el aeropuerto, el señor Crenshaw se volvió al jefe de policía y preguntó:

—¿Podría localizar usted al señor Sam?

—Creo que se trata de Sam Robinson —respondió Nostigon sonriente—. Lo conozco muy bien. Ha estado encarcelado varias veces. Por dinero es capaz de hacer cualquier cosa. También es amigo de gastar bromas pesadas. Quizás anoche hizo precisamente eso, gastar una de sus clásicas bromas. No tendré más remedio que interrogarle.

—¡Lo de ayer no fue ninguna broma! —respondió enfadado el señor Crenshaw—. Yo mismo quiero formular unas preguntas a ese tipo. Por ejemplo, ¿cómo sabía que los chicos iban a llegar en avión? ¿Cómo supo que eran aficionados a la investigación policial? Y, ¿por qué los desembarcó en una isla desierta? No los habríamos encontrado hasta hoy o mañana, de no ser descubiertos por Chris.

—Ciertamente —convino el jefe—. Cuando nos enteramos de que habían descendido del avión, y que no aparecían por ninguna parte, los buscamos por todos los rincones. Incluso llegamos a registrar todo vehículo que circulaba en varios kilómetros a la redonda.

—También me gustaría saber cómo Chris pudo encontrarlos con tanta facilidad —añadió el señor Crenshaw—. ¿Qué dijo a ese respecto?

Los tres amigos admitieron que olvidaron preguntárselo. Cuando quisieron hacerlo vieron en marcha el tiovivo y el fantasma de una mujer montada en un caballito. La emoción del momento contribuyó a que se olvidasen de ese detalle.

—¿Visteis el fantasma? —preguntó el señor Crenshaw—. ¡Pero eso es imposible! El fantasma del tiovivo es una superstición de ignorantes.

—No se precipite —aconsejó Nostigon—. La gente de aquí está convencida de que el fantasma es un hecho real. Durante los últimos años, más de un pescador lo ha visto en noches de tormenta

en la isla del Esqueleto. Y tenga por seguro que apenas encontrará una persona que se atreva a desplazarse hasta aquel lugar.

»Es más, todo el mundo habla hoy de que el fantasma cabalgó en el tiovivo anoche. Se oyó la música y algunos, provistos de anteojos vieron a una blanca figura montada en un caballito. Bien, no es que yo crea en fantasmas, pero nadie convencerá a los habitantes de esta ciudad que no era el espíritu de la pobre Sally Farrington quien cabalgaba en el tiovivo.

El padre de Pete sacudió la cabeza.

—Eso perjudicará el rodaje de la película. Me temo que ningún trabajador quiera ir hoy allí.

—Y puede que mañana tampoco —dijo Nostigon—. De acuerdo, señor Crenshaw, buscaré a Sam Robinson y le haré unas preguntas. Aunque también ignoramos cómo Chris encontró anoche a los muchachos.

—Realmente es sospechoso —respondió el señor Crenshaw—. Ese muchacho hace días que me atosiga con sus peticiones de empleo. Y no lo he complacido por su mala reputación; para muchos sólo es un hábil ladronzuelo. No me sorprendería enterarme de que está relacionado con nuestros problemas.

—Chris no nos pareció un ladrón, papá —intervino Pete—. Yo diría que es un chico honesto. Su padre está enfermó, y él navega en busca de un tesoro desaparecido; pero eso no prueba nada en contra suya.

—El chico es conforme —aseguró el jefe de policía—. La mala reputación de Chris se debe a su condición de extranjero. Los nativos de estos contornos desconfían de los extraños y están prestos a creer cualquier cosa de un forastero.

—Eso no borra mis propios recelos —convino el señor Crenshaw —. Sigo en la sospecha de que es él quien roba nuestro equipo. Quizás espera venderlo para ayudar a su padre —se puso en pie—. Bien, muchachos, en marcha. El señor Denton nos aguarda en la isla —se giró de cara al jefe de policía—. Señor Nostigon, espero verle más tarde, y confío en que para entonces tendrán a buen recaudo a Sam Robinson.

Minutos después, Jupiter, Pete y Bob embarcaron en una motora que a toda velocidad los condujo a la isla del Esqueleto. Les hubiera gustado pasear por Fishingport, pero el tiempo apremiaba. Vieron

los muelles sin apenas embarcaciones, y comprendieron que ello se debía a que la mayoría de los pescadores se habían trasladado al extremo sur de la bahía Atlántica, donde la pesca de la ostra era rentable y legal. Fishingport parecía un insignificante pueblecillo de pescadores.

Mientras la motora cortaba veloz el agua, los tres amigos divisaron la isla delante de ellos. Tenía unos mil quinientos metros de largo. El parque de atracciones quedaba oculto entre los árboles.

Desembarcaron en un viejo malecón del extremo sur de la isla del Esqueleto. Pete amarró de prisa, junto a otra lancha a motor, muy amplia, como las utilizadas por los buceadores profesionales. El señor Crenshaw condujo a los muchachos por un sendero hasta un claro donde dos remolques y varias tiendas grandes de campaña aparecían montadas.

—Ahí está el señor Denton —dijo el padre de Pete—. Vino de Filadelfia ayer para celebrar una conferencia y regresará en seguida.

Un joven con gafas de concha se acercó a ellos. Detrás de él aguardaban tres hombres más. Uno tenía el pelo grisáceo; era Harry Norris, el ayudante de director. Otro, joven y rubio, se llamaba Jeff Morton. El tercero, muy corpulento, mostraba el brazo izquierdo rígido, lucía cinturón pistolera con un arma; los muchachos supieron que era Tom Farraday, el guarda del campamento.

—Este es nuestro campamento por ahora —continuó el señor Crenshaw—. Trajimos los remolques y equipo en una barcaza. Las tiendas serán suficientes hasta que llegue el resto del personal. Entonces necesitaremos más remolques.

Luego de presentar a los otros hombres, se volvió a Roger Denton, el director.

—Lamento haberme retrasado, señor Denton. Me detuve a recoger a los chicos.

—De acuerdo —respondió Roger Denton, algo irritado—. Harry me puso al corriente del retraso que llevan en el trabajo, ¡y no me satisface! Si no logran que las montañas rusas funcionen en una semana, olvidaremos la isla del Esqueleto. Es un gran lugar y el escenario que precisamos, pero ahorraremos dinero si alquilamos unas montañas rusas en California y las envejecemos artificialmente. De todos modos, una toma de esto ayudaría a crear un magnífico efecto de antigüedad y ruina.

—Estoy seguro de que lo arreglaremos a tiempo —exclamó el señor Crenshaw—. He contratado a unos carpinteros.

—Dudo que vengan —respondió Roger Denton—. En la ciudad no se habla de otra cosa que del fantasma en el tiovivo que vieron anoche.

—¡Dichoso fantasma! —gritó el padre de Pete.

Tom Farraday atrajo la atención de los demás con una tosecilla.

—Lo siento mucho, señor Crenshaw. Creo… bueno, me temo que el fantasma que vieron anoche, soy yo.

# Capítulo 5

# Habla una calavera

—Verá —explicó Farraday—. Anoche me quedé solo aquí de guardia, después de que ustedes se fueran al continente en busca de los chicos. Cuando descargó la tormenta, me cobijé en un remolque. Luego me pareció oír una barca a motor, y salí por si era un ladrón que se propusiera desembarcar en la isla. Me pareció ver una sombra deambulando por el tiovivo. Al acercarme, alguien huyó de mí.

»Temeroso de que hubieran dañado el motor, después del trabajo que le había costado a usted componerlo, encendí las luces y lo puse en marcha. Como es lógico, la música empezó a tocar y el tiovivo a dar vueltas. Caminé a su alrededor para asegurarme de que todo estaba en regla, y luego lo apagué.

—¡Pero hombre! ¿Cómo no pensó en el fantasma? —exclamó el señor Crenshaw.

—El caso es que… —Tom Farraday parecía nervioso—, yo llevaba puesto un impermeable amarillo. Y, desde lejos, un impermeable amarillo puede confundirse con un vestido blanco. La gente debió pensar que… bueno, ya lo sabe.

—¡Oh, no! —gimió el padre de Pete—. Tom, tendrá que ir más tarde a tierra y explicar a todo el mundo lo sucedido.

—Sí, señor. Lo haré.

—Sólo nos faltaba eso, como si ya no tuviésemos bastantes problemas —el señor Crenshaw suspiró—. Está bien, contrataremos otros dos guardas. Tom, busque dos hombres incapaces de fingir que vigilan el equipo al mismo tiempo que lo roban. Quiero dos hombres honrados.

—Sí, señor.

—La idea de que los chicos nos ayuden a vigilar ya no sirve —dijo el señor Crenshaw a Roger Denton—. Todo el mundo sabe ahora que son detectives. Y eso lo prueba la actuación de Sam Robinson. Pero ignoro cómo se han enterado.

—Si me lo permite puedo explicárselo, señor —intervino de nuevo Tom Farraday—. Cuando usted y el señor Denton trataron este asunto por teléfono con el señor Hitchcock en Hollywood, ignoraban que los teléfonos de esta ciudad funcionan a través de líneas comunes. Eso permite que otras personas puedan escuchar la conversación. Y es sabido que la gente gusta de fisgonear. Sin duda alguna, la noticia se supo en toda la ciudad antes de que usted colgara el teléfono.

El señor Crenshaw no pudo por menos que lamentarse.

—¡Qué fastidiosa contrariedad! Empiezo a desear nuestro regreso a Hollywood. La isla del Esqueleto se está transformando en un maleficio.

—Sin embargo, puede facilitarnos unas bellas imágenes —comentó Roger Denton—, si logra arreglar las montañas rusas. Bueno, ya es hora de que regrese al continente, pues he de irme a Filadelfia. Jeff, ¿quiere llevarme?

—No faltaría más, señor Denton —respondió el más joven, encaminándose al malecón.

El señor Crenshaw se volvió a los muchachos.

—Mientras Jeff esté ausente os enseñaré todo esto. En cuanto regrese, comprobará vuestras aptitudes como buceadores.

—Estupendo, papá —dijo Pete.

Un corto paseo los llevó hasta una cerca derruida. Pasaron por encima de ella y se encontraron en el interior de un parque de atracciones. Su aspecto era sin duda de absoluto abandono y deterioro. Los puestos para la venta de refrescos estaban medio derruidos. Las instalaciones aparecían oxidadas y rotas. La noria se había derrumbado en una noche de tormenta y se hallaba descompuesta en el suelo. Unas viejas montañas rusas que aún se sostenían en pie, mostraban algunos maderos de la base sueltos.

Los chicos se interesaron por el enorme y viejo tiovivo. Incluso a la luz del día, su aspecto era fantasmal. Tenía la pintura descascarillada y maderos nuevos donde los hombres del señor

Crenshaw lo habían reparado. El padre de Pete explicó el papel que jugaría en la película.

—El argumento versa sobre un hombre acusado de un crimen que no ha cometido que intenta encontrar al asesino verdadero. De ahí su título: «Persígueme más de prisa». El malo termina ocultándose en la isla del Esqueleto. Unos jóvenes que realizan una excursión campestre, se suben al tiovivo, mientras el asesino los vigila oculto…

—¡Cascaras! Eso suena emocionante —lo interrumpió entusiasmado Pete.

—¿Dónde entran las montañas rusas, señor? —preguntó Jupiter.

—El héroe sigue al criminal hasta aquí, y empieza su persecución. Pero el otro obliga a dos jovencitas a subir con él a un coche de las montañas rusas. Cuando la policía lo cerca, amenaza con echar a las jovencitas por un lado. El héroe consigue llegar hasta él y se entabla una terrible lucha. Mientras, el coche sube, baja y da vueltas por las montañas rusas.

—¡Formidable! —exclamó Bob—. Y lo será más en tan destartalado parque. ¡Oh, ya siento impaciencia por ver la película!

—Si filmamos aquí —se lamentó el señor Crenshaw—. Bien, ya veremos. Ahora podéis dar un paseo por los alrededores. Regresad dentro de media hora. Jeff Morton habrá vuelto de tierra para entonces.

Se alejaba ya cuando se detuvo, mostrándose a la vez preocupado e irónico. Dijo.

—Haced lo que mejor os plazca, menos encontrar tesoros. Ya sabéis que la isla fue en tiempos escondite de piratas.

—Sí señor —contestó Bob—. Hemos leído la historia de los piratas y la captura del capitán Una Oreja.

—La gente no renuncia al tesoro —el señor Crenshaw sacudió la cabeza—. La isla ha sido excavada unas veinte veces desde entonces por grandes expediciones. Por fortuna, llevan cincuenta años sin hallar ningún doblón, y ahora parece que ha remitido la fiebre del oro. Pero os conozco, muchachos, y no me sorprendería que encontrarais un tesoro donde no lo hay.

—¿Podemos explorar la cueva, señor? —preguntó Bob, señalando hacia la colina de la isla—. Los viejos mapas sitúan una cueva en lo alto de aquella colina. Según las historias, fue usada por

los piratas para retener a sus prisioneros mientras esperaban el rescate. No obstante, jamás se encontró allí tesoro alguno.

—Conforme, explorad la cueva —concedió el señor Crenshaw—. Pero regresad al campamento dentro de media hora.

Cuando se fue, los chicos quedaron absortos en la contemplación de las ruinas del parque de atracciones.

—En verdad que tiene un aspecto sobrecogedor —dijo Pete—. Pero la escena de las montañas rusas resultará terrorífica.

—Jupe, apenas has dicho nada —observó Bob—. ¿En qué piensas?

El primer investigador se hallaba entregado a sus meditaciones.

—El padre de Pete y los otros están convencidos de que algunos pescadores son responsables de los hurtos, ya sea por maldad o para obtener un beneficio. Pero yo no estoy de acuerdo con ellos.

—¿No? ¿Qué opinas tú?

—El sabotaje a las barcas y los robos de equipo quizás obedezcan a un plan destinado a que la compañía de cine se canse de la isla del Esqueleto y se marchen a otra parte a filmar el resto de la película. La isla lleva deshabitada veinticinco años, y sospecho que alguien lo prefiere así, e intenta irritar al señor Denton para que abandone el proyecto.

—¿Que se marche la compañía? —exclamó interrogativo Pete— … ¿A quién puede importarle que se quede o se vaya?

—Ahí radica el misterio —reconoció Jupiter—. Ahora vayamos a ver la vieja cueva.

Diez minutos de ascenso entre árboles dispersos los llevó a una caverna cerca de la rocosa cúspide. Una vez dentro, hallaron suficiente luz para ver que se encontraban en una espaciosa cueva que se estrechaba en su fondo.

El piso aparecía removido como si lo hubieran excavado muchas veces. Jupiter cogió un puñado de tierra y movió la cabeza.

—Muchas personas han cavado aquí en busca del tesoro. Me atrevo a decir que cada pulgada de esta cueva ha sido examinada varias veces en los últimos cien años. Empero, ningún pirata sensato ocultaría aquí su tesoro. Habría elegido un lugar menos propicio.

—Eso creo —aceptó Pete—. Ojalá nos hubiéramos traído las linternas. Me habría gustado investigar por aquí.

—No eres tan buen sabueso como yo quisiera, Pete —se quejó

sonriente Jupiter—. Ni tú, Bob. ¡Miradme!

Sorprendidos, vieron cómo Jupiter se descolgaba su linterna del cinto.

—Arma primordial de cualquier investigador —dijo Jupiter—. No obstante, admito que me acordé de la cueva y pensé en echarle un vistazo, si teníamos una oportunidad. De otro modo, no se me hubiera ocurrido traer mi linterna.

Jupiter dirigió el foco de luz hacia el interior de la cueva, donde observaron algunas losas desgastadas, como si hombres encarcelados las hubieran empleado a falta de otro lecho más cómodo. La linterna puso de manifiesto algunas rendijas rocosas. De repente se inmovilizó en un punto a menos de dos metros sobre el suelo.

Vieron algo blanco sobre una repisa natural en la roca. ¡Era blanco y redondo! Bob tragó saliva, al identificar una calavera humana.

Parecía reírse y burlarse de ellos. De improviso, cuando Bob pensaba en que sólo era un testimonio de los viejos y nefastos días de los piratas, la calavera habló en susurro.

—¡Fuera! —Su acento parecía español—. ¡Dejadme reposar en paz! ¡No hay tesoro aquí! ¡Sólo hallaréis mis rendidos huesos!

# Capítulo 6

# Doblones de oro

Bob advirtió que sus pies lo llevaban fuera de la cueva. Pete y él corrieron veloces hacia el exterior, con Jupiter no lejos de ellos. Los dos primeros chocaron junto a la entrada y cayeron cuan largos eran. Jupiter había retrocedido para recoger la linterna que en la precipitación del momento se le escapara de la mano. Decidido, enfocó a la calavera.

—¡Un cráneo no habla! —dijo—. Para hablar se necesita una lengua y una laringe.

Bob y Pete se pusieron en pie. Apenas alcanzaba la verticalidad oyeron sonoras carcajadas. Intrigados, caminaron hacia el interior. Chris Markos, el muchacho que les recogiera la noche anterior, descendía de una oquedad.

—¡Eh! —gritó al mismo tiempo que derribaba la calavera—. ¿Me recordáis?

—¡Naturalmente que te recordamos! —respondió Jupiter—. En realidad, ya sabía que eras tú. Antes vimos una barca de vela que me pareció la tuya. Además, la voz de la calavera resultaba demasiado juvenil, y no podía ser otra que la de un chico.

—Os asusté ¿no? —Chris se sonrió—. Creísteis que un pirata muerto os hablaba.

—Me sobresaltaste —corrigió Jupiter—. Empero asustaste a Pete y a Bob.

Los dos ayudantes aceptaron aquella verdad.

—No me asustaste a mí —se defendió Bob—. Asustaste a mis piernas. No supe que iban a correr hasta que lo hicieron, y muy de prisa.

—A mí me ocurrió lo mismo —intervino Pete—. Cuando una calavera habla, mis piernas quieren irse a otra parte más segura.

—Buen chiste —exclamó alegremente Chris—. Espero que no os hayáis enfadado. Sólo fue una broma.

—No, no estamos enojados. Queremos hablar contigo. Salgamos al sol —invitó Jupiter.

Una vez al aire libre, los chicos se acomodaron en el suelo y apoyaron sus espaldas sobre una de las muchas rocas que había por allí.

—¿Qué hacías aquí? —preguntó Jupiter—. Bueno, quise decir porqué nos esperabas en la cueva.

—Sencillo —contestó Chris—. Navegaba cuando os vi en el malecón. Entonces me dirigí a la playa, desembarqué, me deslicé entre los árboles y os vi en el tiovivo. Oí que ibais a explorar la cueva. Conozco un atajo, y llegué antes que vosotros. Una vez aquí se me ocurrió gastaros una broma, valiéndome de la calavera. La puse en la cornisa y me oculté.

La explicación no satisfizo del todo a Bob, que quiso saber por qué Chris no les había salido antes al encuentro para saludarlos.

—El guarda —se excusó Chris— Tom Farraday siempre me echa. ¡Todo el mundo me echa!

Su alegre sonrisa había desaparecido. Lentamente añadió:

—Gozo de mala reputación en el pueblo. La gente me cree un ladrón porque mi padre y yo somos muy pobres. También nos consideran extraños porque vinimos de un país lejano. En el pueblo hay personas que no son buenas. Roban cosas y dicen que Chris, el griego, lo hace. ¡Pero no es cierto!

—Creemos que eres honrado, Chris —dijo Pete—. Sin embargo, hay una cosa que nos intriga. ¿A qué se debe que nos encontrases tan pronto anoche?

—¡Ah! ¿Eso? —Chris volvió a sonreírse—. Realizo algunos trabajos en la taberna de Bill. Barro y lavo platos. Me pagan un par de dólares al día. Con ese dinero salimos adelante en casa. El señor Bill es un buen hombre.

—¡Un par de dólares al día! —exclamó Bob—. ¿Cómo podéis pasar con esto?

—Vivimos en una barraca y no pagamos alquiler —explicó Chris —. Nos alimentamos de alubias y pan, y de lo que yo pesco. Empero

mi padre está enfermo, y necesita buena comida. Por eso, en las horas que no tengo nada que hacer, navego alrededor de la bahía en busca de un gran tesoro. Sé que es inútil; sin embargo, estoy seguro de que el tesoro reposa en el fondo del mar. Ahora bien, ¿qué posibilidad tiene Chris Markos de encontrarlo?

—La misma que cualquier otro —respondió Pete—. Chris ibas a decirnos cómo supiste dónde buscarnos.

—Ah, sí. Ayer, mientras lavaba platos, oí hablar a unos hombres en el último reservado de la taberna. Uno decía: «Tres chicos detectives, ¿eh? Bueno, les daré una sorpresa. Les echaré una mano para que lleguen a un sitio que nunca olvidarán».

Jupiter se presionó el labio inferior pensativo.

—Dime, Chris, ¿cuando ese hombre pronunció la palabra «mano», lo hizo con énfasis especial?

—Te pregunta si dijo «mano» de un modo distinto —aclaró Bob, al ver que Chris los miraba perplejo.

—¡Oh, sí que lo hizo! —respondió—. Cada vez que decía «mano» su voz era más profunda y baja, luego, cuando supe que faltaban tres chicos, me pregunté: «¿Dónde ocultaría alguien a tres chicos?». Entonces recordé el modo raro de cómo decía la palabra «mano».

—Y esto te ayudó a comprender que se refería a la Isla llamada La Mano —completó Jupiter.

—Efectivamente. Así, tan pronto amainó la tormenta, me hice a la mar y os encontré en La Mano. Sólo que… —El rostro de Chris volvió a ensombrecerse—. Ahora, la gente del cine cree que yo tengo algo que ver. Nadie piensa bien de mí.

—Nosotros creemos en ti, Chris —afirmó decidido el tercer investigador.

El muchacho griego se sonrió.

—¡Puesto que vosotros creéis en mí, os enseñaré algo!

Inclinó la cabeza sobre su pullóver, se sacó una pequeña bolsa de piel y aflojó el cordón.

—Extended las manos —dijo—. Y cerrad los ojos. ¡No miréis hasta que yo diga!

Obedecieron. Algo pesado fue colocado en las palmas de la mano de cada muchacho. Cuando abrieron los ojos, vieron que sostenían una pieza de oro antigua.

Bob examinó la desgastada y reluciente moneda.

—¡Dieciséis chelines! —exclamó.

—Doblones españoles —corrigió Jupiter, con ojos brillantes.

—¡Tomate! —saltó Pete, alelado—. ¿Dónde los encontraste?

—En el agua, entre la arena. Hay un gran tesoro en la bahía. El capitán Una Oreja echó allí su tesoro hace mucho tiempo. Ahora está esparcido, un poco por aquí, otro poco por allí. Es muy difícil hallarlo. Una pieza la encontré al otro extremo de la isla del Esqueleto, cerca del sitio donde naufragó un lindo yate. Otras dos las hallé en una pequeña bahía, donde quizá…

Una voz sonora y enojada los interrumpió.

—¡Eh, Chris! ¿Qué haces aquí?

Alarmados, alzaron la vista. Tom Farraday, el guarda, se acercaba resoplando por el sendero, colérico su moreno semblante.

—¡Te advertí que si volvía a encontrarte merodeando por aquí, te daría una paliza! —gritó—. Incumpliste mis órdenes y…

Farraday se calló, y los chicos siguieron su mirada. Chris Markos había desaparecido detrás de una roca, tan silencioso como una sombra.

# Capítulo 7

# Peligro bajo el agua

—¿A qué vino ese chico? —preguntó el guarda—. ¿A qué os trajo hasta aquí arriba?

—A nada especial —explicó Jupiter—. Y no nos trajo. Fuimos nosotros que vinimos a examinar la cueva.

—Está bien, pero os diré que Chris es mala pieza. Si hasta ahora no han logrado sorprenderlo en uno de sus robos, se debe a que es muy listo. Aceptad mi consejo, muchachos, y apartaros de él. Vámonos, Jeff Morton ha regresado y quiere veros bucear.

Juntos iniciaron el descenso. Farraday se volvió más amistoso.

—Supongo que esperabais hallar algún tesoro en esa cueva. Bueno, ni lo hay, ni lo hubo nunca. Todos saben que están en el fondo de la bahía. De cuando en cuando aparece alguna pieza en la playa, pero la gente se ha cansado de buscarlas, pues surgen en muy raras ocasiones.

Farraday se rió, antes de añadir, no sin cierta jocosidad:

—Cuando el mar coge algo, no acostumbra a devolverlo. ¿Os enterasteis de que hace diez años se tragó cien mil dólares americanos? Pues aún los retiene.

»Por culpa de esos cien mil dólares tengo paralizado este brazo, sin esperanza de posible recuperación. Sólo me sirve para realizar trabajos auxiliares.

Movió su brazo en demostración de que había dicho la verdad, los chicos le pidieron que narrase la historia y él se avino con gusto.

—Bien, muchachos —dijo—. Yo era vigilante de un coche blindado de la *Dollar Delivery Company*. Uno de nuestros trabajos consistía en recoger dinero de los bancos locales y llevarlo a un

banco nacional en Melville.

»Nunca surgieron problemas ni los esperábamos. Jamás hacíamos la misma ruta, ni íbamos a los bancos a la misma hora. De todos modos, un día…

»Sucedió que un día, diez años atrás, habían tenido que recoger dinero en Fishingport. Luego aparcaron el coche blindado para irse a comer. El vehículo se hallaba muy bien cerrado, y ellos sentáronse en un lugar desde donde podían verlo a la perfección.

»Cuando Farraday y el conductor abandonaron el restaurante, dos hombres enmascarados surgieron de un viejo sedán y dispararon contra ellos. El conductor resultó herido en una pierna. Farraday quiso luchar con los dos hombres, pero le golpearon en la cabeza y hombros con las culatas de sus revólveres, dejándolo sin conocimiento. Después le quitaron del bolsillo las llaves del coche blindado y se alejaron.

»El jefe de policía, Nostigon, entonces agente, oyó el jaleo y acudió a tiempo de disparar contra los atracadores que ya subían al camión blindado. Acertó a uno de ellos en el brazo.

»La alarma cundió rápidamente. Todas las calles cercanas fueron bloqueadas. Al atardecer, el coche blindado, con manchas de sangre y vacío, se halló abandonado a cierta distancia, junto a un desembarcadero. Eso hizo pensar que los atracadores habían huido por mar.

»Durante la noche, una lancha guardacostas divisó un bote a motor a la deriva en la bahía. Cuando lo rodearon, vieron cómo dos hombres echaban por la borda varios sacos, que rápidamente se hundieron.

»Los del guardacostas subieron a bordo, y hallaron a dos hombres, Bill y Jim Ballinger, dispuestos a entregarse. Su motor se había estropeado, y Jim tenía una herida de bala en el brazo.

»Pero no se halló el dinero que habían lanzado al mar ni entonces ni después.

—¿Veis, muchachos? —dijo Farraday—. Sencillamente lo echaron por la borda. Lo mismo que Una Oreja siglos atrás, antes de que los ingleses le dieran caza. Los sacos debieron hundirse en el barro y nadie pudo encontrarlos. Era papel moneda, y no tardaría en pudrirse.

—¡Cáspita! —exclamó Pete—. ¡Vaya experiencia, señor

Farraday! ¿Fueron los Ballinger a la cárcel?

—Desde luego, muchacho. Con la bala de Nostigon en el brazo de Jim, no pudieron negarlo. Los condenaron a veinte años, pero sólo estuvieron diez por buen comportamiento. Salieron hará escasamente dos semanas. Me gustaría hacerles un favor por haber lisiado mi ala izquierda. Desde entonces apenas sirvo para trabajos secundarios. Bien, hemos llegado. Ahí está el señor Crenshaw.

El padre de Pete y Jeff Morton se hallaban en el malecón, transportando equipo a una gran lancha motora. El señor Crenshaw miró a los chicos.

—¡Eh, muchachos! —gritó—. Jeff está a punto para comprobar qué tales buceadores sois. Es un experto y disponemos del equipo más moderno. Él os explicará cómo funciona.

El señor Crenshaw se fue, y los Tres Investigadores se embarcaron.

—Bien, muchachos —habló Jeff—. Decidme qué clase de experiencia es la vuestra.

Pete explicó las lecciones practicadas en la piscina de Rocky Beach. Un instructor les había examinado pocos días antes.

—Muy bien —animó Jeff, sonriente—. Ahora veamos cuánto sabéis.

Puso en marcha el motor y llevó la embarcación al centro de la bahía. Cerca de una boya amarilla dejó caer el ancla.

—Hay un barco debajo de nosotros —dijo—. Pero no transporta ningún tesoro. Cualquier barco español ya haría tiempo que se habría desintegrado en estas aguas. Se trata de un pequeño yate que una tormenta hundió hace ya bastante tiempo.

»Yace a unos ocho metros de profundidad. Eso permite zambullirnos sin problemas de descompresión.

Inspeccionó sus mascarillas y aletas. De un armario sacó las botellas de aire, tubos de conexión y cinturones lastrados.

—¡Este es el equipo más moderno, y el de más seguridad que se conoce! —dijo—. No usaremos trajes de goma, pues el agua está más bien cálida. Poneros vuestros trajes de baño. Bob hará la primera zambullida conmigo. Todos los descensos serán por parejas.

Una vez se vistieron los bañadores, Bob se puso el equipo que Jeff le diera. Lo último fue el cinturón lastrado, que debía quitarse tan pronto se viera precisado a realizar un ascenso rápido.

Jeff pasó revista y asintió aprobador. Luego saltó por la borda. Bob utilizó la escalerilla. El muchacho movió vigorosamente sus pies y se disparó hacia abajo. Le gustaba nadar.

Había practicado mucho para recuperar fuerzas en la pierna que se rompiera cuando niño. Ahora tenía la agilidad de un pez y respiraba sin dificultad. Ello le hizo sentirse maravillosamente ligero y libre. No tardó en descubrir la forma oscura del yate hundido. Con Jeff a su lado, nadó lentamente hacia el pequeño barco.

El yate, de lado, mostraba un agujero en la proa. Al acercarse más comprobó que estaba recubierto de algas marinas. Multitud de pececillos nadaban a su alrededor.

Jeff le adelantó, moviendo sólo las aletas, según marcan las reglas del buceo. Bob lo seguía. Jeff se posó graciosamente sobre la popa del yate hundido. El muchacho se disponía a imitarlo, cuando su atención fue captada por dos grandes langostas que trataban de ocultarse debajo de la popa.

¡De repente algo tiró de él, paralizándolo! Bob se supo fuertemente cogido por el tobillo derecho.

# Capítulo 8

# ¡No lo digas a nadie!

Era la primera vez que Bob se encontraba en apuros bajo el agua. Un estremecimiento de alarma lo atenazó mientras sacudía su pie para liberarlo. La presión se hizo más fuerte. Pensó en que si retrocedía podría liberarse. Pero imprimió demasiada violencia a su giro, y con un brazo se golpeó la mascarilla.

La próxima desventura fue que se quedó ciego. El agua le inundó la mascarilla, y no supo cómo liberarse de ella.

Algo le cogió por un hombro. Durante interminables segundos creyó que un monstruo le atacaba. Al fin, tres ligeros golpecitos en su botella de aire le dijeron que Jeff había retrocedido en su ayuda.

La mano de Jeff apretó su hombro, calmándolo. Gradualmente Bob se relajó, aunque no del todo. Se esforzó en respirar con calma, volvió la cabeza a la derecha y se ajustó la mascarilla. Luego sopló con fuerza por la nariz, y el aire expulsó toda el agua que le cegaba.

Entonces vio a Jeff Morton, que sacudía la cabeza. Su brazo extendido señalaba algo. ¡Un lazo de cuerda lo había atrapado! Rápidamente liberó el pie trabado, y molesto consigo mismo por haberse dejado invadir por el pánico, se disparó hacia adelante. Unos metros más allá esperó a Jeff.

Éste formó un círculo con los dedos pulgar y anular, señal de que todo iba bien, luego nadó vigorosamente y el muchacho lo siguió, cuidando de mantenerse alejado del barco naufragado.

Se movieron a lo largo del yate y lo rodearon. Los peces se alejaban de ellos, como si fueran dañinas piezas mayores.

Bob vio más langostas que buscaban refugio debajo del yate. De haber descendido provisto de fusil submarino habría cazado una o

dos piezas.

Bob no tardó en recuperar su perdida confianza y gozar de la excursión acuática. Jeff se dirigió sin prisas a la superficie. Momentos después emergían sus rostros enmascarados como si fueran monstruos extraños.

Jeff nadó hasta la escalerilla de la embarcación, y subió por ella. Bob siguió tras él.

—¿Cómo te fue? —preguntó Pete, ayudándole a subir a bordo.

Bob sacudió la cabeza.

—No lo hice muy bien. Me enganché en una cuerda y me asusté.

Jeff Morton admitió que no lo había hecho demasiado bien, y aprovechó la oportunidad para hacerles unas breves observaciones sobre el peligroso que encierra aproximarse demasiado a las embarcaciones hundidas. Luego se extendió sobre la necesidad de no perder la cabeza en situaciones comprometidas. Es lo más peligroso que puede sucederle a un buceador. Al fin se sonrió y dijo:

—De todos modos ha sido bueno que sucediese ahora. Así se ha convertido en una lección inofensiva que proporciona experiencia. Bob reaccionó bien, y la próxima vez actuará con más calma. ¡Bueno, que se prepare Pete!

El segundo investigador se dio prisa. Segundos después se sumergían bajo el agua, quedando Bob y Jupiter solos en la embarcación que se mecía suavemente sobre la superficie.

Bob contó su experiencia con más detalles.

—La próxima vez que baje tendré más seguridad. Ahora sé que puedo actuar con calma y despejar mi mascarilla si es preciso.

Jupiter iba a responderle cuando oyeron una voz que les llamaba. A unos cien metros de distancia, una diminuta barca de vela ocupada por Chris Markos navegaba lentamente hacia ellos.

Chris se les acercó, viró, y luego arrió la vela. Sus blancos dientes contrastaron con su bronceado rostro al sonreír.

—Seguro que Tom Farraday os dijo cosas malas de mí —su sonrisa se desvaneció—. Espero que no le hayáis creído.

—Por supuesto —afirmó Bob—. No le hemos creído. Sabemos que eres bueno, Chris.

—Gracias, amigos.

Chris alargó el brazo y se cogió a la barca para fijar la suya, luego observó con cierta envidia la diversidad de equipo sobre la

embarcación. Al fin se expresó despreocupadamente.

—¿Necesitáis todo eso para zambulliros hasta el yate hundido? Yo lo hago con mi piel… ¡Yo sí soy un verdadero buceador!

—¿Es cierto que los cazadores de esponjas griegos se sumergen a más de treinta metros sin equipo submarino?

—¡Claro que sí! —Alardeó Chris—. Mi padre, de joven descendía los treinta y cinco metros sólo con una piedra para ir más aprisa, y una cuerda para que lo subieran otra vez. Permanecía tres minutos completos sin respirar.

El rostro de Chris se ensombreció al recordar la situación de su padre.

—Pero abusó de su resistencia y ahora está enfermo. Algún día encontraré un tesoro, llevaré a mi padre a casa, conseguiré una pequeña embarcación en Grecia y me convertiré en un pescador.

La sonrisa retornó a su semblante.

—Bueno, tengo que trabajar, si quiero encontrar ese tesoro —luego de vacilar, añadió—. Quizá queráis venir conmigo mañana. Nos divertiremos aunque no encontremos nada.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó Bob—. Claro está, siempre que no nos necesiten.

—Tal vez tengamos que hacer algún trabajo para la compañía cinematográfica —añadió Jupiter—. O practicar el buceo como hoy.

Jupiter estornudó ruidosamente.

—¡Te has resfriado, Jupe! —exclamó Bob.

—No te zambullas si estás constipado —aconsejó Chris—. Los oídos duelen mucho. Bueno, hasta la vista, he de trabajar. ¡Hasta mañana, si queréis!

Soltó la barca, largó la vela, y al momento, su pequeña embarcación navegó sobre la soleada superficie de la bahía.

Minutos más tarde, Pete y Jeff Morton subieron a bordo. Pete se quitó el equipo sonriendo.

—Fue fantástico —dijo—. Tuve problemas con mis trompas de Eustaquio, pero tragué fuerte y eso lo arregló todo. Ahora tu turno, Jupe.

Éste se preparó con menos entusiasmo que los otros. Jupe no era de naturaleza atlética, y si bien le agradaba nadar, su afición no era tan grande como la de sus amigos. Ya preparado, Jeff Morton y él se deslizaron por la borda.

—¡Bob! —dijo Pete excitado cuando los otros desaparecieron bajo el agua—. ¿A que no adivinas una cosa?

—¿Cuál? —preguntó Bob.

—Creí ver algo, en el preciso instante en que nos girábamos para subir. Brillaba en la arena a unos quince metros del yate. ¡Apuesto a que es un doblón de oro! Si volvemos a sumergirnos, intentaré encontrarlo.

—¡Repámpanos! ¿Estás seguro?

—No del todo. Lo vi de refilón. Pero podría serlo. Todo el mundo dice que hay un tesoro esparcido en el fondo de esta bahía.

Bob se mantuvo callado. Jeff Morton y Jupiter subían. En realidad Morton subía a Jupiter, que nadaba a ciegas, con la mascarilla torcida.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Bob.

—Nada de qué alarmarse —respondió Jeff—. Jupiter la golpeó y se le soltó la mascarilla. No sé cómo fue. Afortunadamente no habíamos descendido mucho.

Jupiter ofrecía un aspecto miserable.

—Me dolieron los oídos al bajar —dijo—. Intenté tragar para abrir las trompas de Eustaquio. Luego me sobrevino un estornudo. Me quité la boquilla y aparté la mascarilla y luego no supe colocármela. Bien, creo que no me he lucido mucho.

Jupiter estornudó otra vez.

—Estás constipado —dijo Jeff severo—. No debiste bajar hoy. Bueno, en los próximos días tendrás que permanecer inactivo.

—Tiene razón, señor —contestó Jupiter—. El aire acondicionado del avión era muy fresquito, y luego soportamos la tormenta. Creo que sí, que he pillado un fuerte resfriado.

—Nunca te sumerjas si no gozas de excelente salud —aconsejó Jeff—. Especialmente si estás resfriado o tienes tos. Bien, puesto que hemos de realizar algunas prácticas, seguiré con Bob y Pete. Claro que si quieres acostarte, cambiaremos los planes.

Durante dos horas, Bob y Pete se turnaron en las zambullidas, cada vez más prolongadas. Finalizaron las prácticas algo cansados, pero seguros de que podían realizar cualquier inmersión que les ordenasen.

En cada zambullida, Bob mantuvo abiertos los ojos para descubrir la diminuta cosa que Pete dijera haber visto, pero no

pudo localizarla. No obstante, en la última inmersión del día, Pete salió con su mano derecha fuertemente apretada. Una vez a bordo se quitó apresuradamente la mascarilla.

—¡Mira! —dijo.

Abrió el puño. En su palma había una desgastada pero reluciente moneda redonda, grande y pesada.

—¡Gatos mojados! —exclamó Jeff—. ¡Un doblón! —Lo examinó cuidadosamente—. Es de 1712, y español. ¡Pete, por lo que más quieras, no permitas que se entere nadie! ¡No lo digas a nadie! Excepto nosotros y tu padre, nadie debe saberlo.

—¿Por qué no? —preguntó Pete intrigado—. ¿Hay peligro de que alguien intente quitármelo?

—Es tuyo, lo hallaste en el fondo del mar. Pero la gente de aquí es feliz sin necesidad del tesoro. Están convencidos de que no hay oro en la isla del Esqueleto. Si ahora propagamos que has encontrado una moneda, los cazadores de tesoros invadirán la isla, y arruinarán toda posibilidad de que podamos acabar la película.



# Capítulo 9

# La señora Barton sospecha

Los muchachos decidieron acostarse temprano aquella noche. Pete y Bob se hallaban rendidos por el ejercicio, y Jupe se encontraba muy alicaído, a causa del resfriado.

El señor Crenshaw fue a casa de la señora Barton y cenó con ellos. El escaso progreso en el trabajo lo tenía preocupado.

—La historia del fantasma del tiovivo se ha extendido por todo el pueblo —exclamó enojado—. Tom Farraday ha contado a la gente la verdad. Espero que solucionemos esto de algún modo. Os veré por la mañana. ¡He de irme ahora, pues necesito contratar a dos carpinteros más!

Finalmente los muchachos se retiraron a su aposento. Allí examinaron de nuevo el doblón de oro. Resultaba muy excitante hallarse en posesión de una minúscula parte del tesoro pirata, aun sabiendo que, probablemente, no encontrarían nada más. Pete lo guardó debajo de su almohada.

Durmieron profundamente hasta que la señora Barton los llamó para el desayuno.

—¡Vamos, muchachos! —gritó alegre desde las escaleras—. Pete, tu padre está aquí. Os quiere ver a todos antes de irse.

Se vistieron presurosos y bajaron al comedor. El señor Crenshaw aguardaba impaciente.

—Muchachos —dijo—. Disponéis de todo el día. He contratado a varios obreros, y estaré muy ocupado hoy. No se buceará más hasta que decidamos nuestros planes. Por otra parte, Jeff me ha informado de que Jupiter está resfriado, y que no podrá nadar en varios días.

—Así es, señor —dijo Jupiter, que estornudó explosivo—. Lo siento, señor —se sonó la enrojecida nariz—. No pude evitarlo.

—Por supuesto —el señor Crenshaw lo examinó con interés—. Muchacho —dijo—, quédate tranquilo un día o dos. Ve esta mañana a que te visite el doctor Wilbur. También es el propietario de la isla del Esqueleto. Mientras os desayunáis le telefonearé.

Los chicos se sentaron a la mesa y la señora Barton sirvió panecillos y salchichas. El señor Crenshaw se fue a telefonear y regresó para decir a Jupiter que el doctor Wilbur lo visitaría a mediodía, en que tendría unos minutos libres. Escribió la dirección del consultorio y se precipitó a la calle.

—Caramba, Jupiter, es una lástima que tengas que estar confinado —se condolió Pete—. Hubiéramos pedido prestada la motora para irnos a explorar.

—Dedicaré el tiempo a pensar —dijo Jupiter, intentando no lamentarlo demasiado—. Hay mucho que pensar. El secreto de la isla del Esqueleto, por ejemplo. Estoy seguro de que encierra un secreto, pero no acabo de saber cuál es.

—¡La isla del Esqueleto! —exclamó la señora Barton, mientras entraba con más panecillos—. ¡Qué horrible lugar! ¿Sabéis que el fantasma estuvo montado en el tiovivo anteanoche?

—Sí, señora —contestó Jupiter—. Pero hay una explicación perfectamente natural.

Contó a la señora Barton lo sucedido.

—Bueno, quizá —concedió ella, si bien no convencida—. Todo el mundo cree en el fantasma, y yo pienso que donde hay humo es probable que haya fuego.

La señora Barton se marchó.

Jupiter suspiró resignado.

—Nuestra patrona es un buen ejemplo de lo difícil que resulta convencer a la gente en cuanto a que renuncie a una creencia que le gusta.

Oyeron un ruido en la ventana. Se volvieron. Un rostro bronceado los miraba.

—¡Es Chris! —exclamó Bob, que se dirigió a la puerta.

—Estoy a punto para hacerme a la vela —dijo Chris—. ¿Queréis venir conmigo?

—¡Truenos! —exclamó Bob—. Bueno, sólo Pete y yo iremos.

Jupiter está muy constipado.

—¡Qué lástima! —dijo Chris—. De todos modos, mi bote es demasiado pequeño para los cuatro. Os veré junto al agua. Traed el traje de baño.

Bob contó a los otros lo que quería Chris y el rostro de Pete se iluminó.

—Magnífico, tal vez encuentre otro doblón. Vamos en busca del traje de baño —dijo el segundo investigador, que se volvió a Jupe—. ¡Qué lástima que no puedas venir!

El rostro del jefe acusó desilusión. Sin embargo, dijo estoico:

—Bueno, si no puedo, no puedo. Id vosotros. Nos veremos luego.

—Regresaremos a la hora de comer.

Bob y Pete cogieron los bañadores y corrieron a la orilla del mar donde Chris tenía su barca. Saltaron dentro y partieron rumbo a su primer intento de hallar el tesoro de los piratas de Una Oreja.

Jupiter suspiró un par de veces. Luego decidió sacar el mayor provecho de la situación, y se fue arriba a estudiar las notas de Bob y los artículos de revistas que se referían a la isla del Esqueleto.

Halló a la señora Barton haciendo las camas.

—Vine a arreglaros el dormitorio mientras os desayunabais. Pensé… ¿Qué es esto?

Había alzado la almohada de Pete y encontrado el doblón de oro.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Es una antigua moneda española! ¡Es del tesoro pirata!

Miró a Jupiter con ojos muy abiertos.

—Apuesto a que lo encontrasteis ayer en la isla del Esqueleto. ¿Verdad que sí?

—Fue Pete —respondió Jupiter.

Cuando recordó que Jeff Morton había aconsejado que nadie más lo supiera, el gato había saltado del saco.

—Pero no lo encontró en la isla, sino en el agua —añadió Jupiter.

—¡Vaya, vaya! —exclamó riéndose la señora Barton, acabando de hacer la cama—. Y además en su primer día.

La mujer miró a Jupiter con pupilas astutas.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Mucha gente estima que eso de hacer una película en la isla del Esqueleto es… bueno, algo así

como una excusa. Dicen que en realidad se trata de buscar el tesoro del capitán Una Oreja, que jamás fue encontrado. Dicen que tenéis un nuevo mapa y cosas así.

—Eso explica por qué la compañía está preocupada —dijo Jupiter—. Si la gente del pueblo cree que hay un mapa del tesoro, querrá apoderarse de él e intentará echar a la compañía de cine para buscarlo ellos.

»Pero, señora Barton, nosotros no sabemos nada del tesoro. Lo único que deseamos es rodar unas cuantas escenas de la nueva película. Puede decir eso a todos.

—Lo haré —contestó ella—. Empero ignoro si me creerán. Cuando una idea entra en sus cabezas, resulta difícil persuadirlos.

—Lo comprendo, señora Barton. Igual está sucediendo con el fantasma. ¿Me permite le haga unas preguntas? Usted ha vivido aquí toda su vida, y probablemente pueda aclararme muchas cosas.

—Por supuesto que no me importa —se rió la mujer—. Deja que acabe esta habitación. Luego bajaré a tomar una taza de café y responderé a cuantas preguntas me hagas.

Jupe cogió las notas escritas por Bob y se fue a leerlas en el comedor.

Poco después la señora Barton se le unía sorbiendo su taza de café.

—Pregunta, muchacho —dijo.

—Cuénteme cómo empezó el encantamiento de la isla del Esqueleto.

En realidad ya conocía la historia, pero le interesaba comprobar si era semejante a la versión local.

Visiblemente animada, la señora Barton comenzó su relato, que resultó ser idéntico al ya conocido por Jupe. No obstante, ella añadió algo más. Así supo Jupiter, que una vez abandonado el parque de atracciones, el fantasma dejó de aparecerse, para repentinamente, volver de nuevo hacía unos años, lo curioso era que ahora se dejaba ver varias veces al año.

—Los pescadores que lo vieron —dijo Jupiter, presionándose el labio—, ¿son hombres de fiar? Me refiero a si es gente que merezca crédito.

—Verás —la señora Barton frunció levemente el entrecejo—. Eso es algo que yo no puedo afirmar. Tenemos elementos bastante duros

entre nuestros pescadores. Pero ¿qué interés habría de inducirlos a inventar historias de fantasmas?

Jupiter ignoraba la respuesta. Empero tampoco era fiable descartar que alguien estuviese interesado en propagar esa clase de tonterías.

—¿Cuándo se reanudaron las apariciones? —preguntó Jupiter.

La señora Barton, no lo recordaba con exactitud. Quizá diez años, o tal vez quince. Pero sí sabía que desde entonces la isla gozaba de muy mala reputación, y que la gente apenas iba allí.

—Pero ahora, de repente, se han sucedido los acontecimientos —añadió la señora Barton con sus pupilas fijas en Jupiter—. Aparecisteis vosotros, los de Hollywood; el fantasma vuelve a montar en el tiovivo; uno de vosotros encuentra una moneda de oro; vuestra gente habla de ladrones que roban el equipo y… todo eso. Si quieres saber lo que pienso, te diré que hay algo muy raro en todo esto.

Jupiter estaba de acuerdo con ella. Su intuición de investigador le alertaba en contra de extraños sucesos, si bien era incapaz de imaginárselos.

# Capítulo 10

# ¡Desastre!

La pequeña barca de vela avanzaba ligera, mecida por la suave brisa, los muchachos gozaban de la bahía para ellos solos, sin otras embarcaciones a la vista, excepto hacia el sur, en mar abierto.

Pronto alcanzaron la isla del Esqueleto. Pete quería pedir a Jetff Morton que les prestase dos equipos de buceo. Hubieran pedido otro para Chris, pero sabía de antemano que la respuesta sería negativa. Y después de todo, el muchacho griego carecía de experiencia con esta clase de material.

Jeff les autorizó a llevarse el equipo y les aconsejó que no se arriesgaran, luego se alejó hacia el parque de atracciones.

Pete y Bob cogieron mascarillas, aletas y otro equipo del armario de la barca, y también dos linternas submarinas, luego se reunieron con Chris. Éste disponía de sus propias gafas y confiaba en que podría zambullirse con la misma facilidad que ellos con el equipo.

Los muchachos se relajaron al cálido sol, arrullados por el suave movimiento de la embarcación. Bob se percató de que navegaban hacia la isla de la Mano, donde fueran tan misteriosamente desembarcados la primera noche.

Esta isla medía unos quinientos metros de largo y un centenar de ancho. A la luz diurna apreciaron su conformación rocosa y estéril.

Las pupilas de Bob buscaron el chorro de agua que vieran aquella noche, pero no halló signo de él.

Se lo dijo a Chris. Éste explicó que el agua estaba muy tranquila, y eso ocurría cuando el viento soplaba fuerte y las olas azotaban la bahía.

—Hay un agujero debajo de la isla —dijo—. Las olas se

precipitan dentro y provocan el chorro. Se parece a una ballena.

Gobernó la embarcación hasta unos cien metros del centro de la isla, luego arrió la vela y soltó una pequeña ancla.

—Dejaremos la barca aquí —explicó—. Estamos en período de marea baja y las rocas se hayan demasiado cerca de la superficie. Sólo con marea alta puede acercarse una embarcación a la isla.

Pete y Bob se vistieron su equipo de buceo y Chris se colocó sus viejas pero útiles gafas. Éste nadó unos quince metros y se puso en pie. El agua le llegaba a la altura de las rodillas.

—¿Veis? —dijo—. Aquí hay un escollo rocoso. ¡Seguidme!

Nadaron hasta la otra piedra sumergida, de unos cinco metros cuadrados de superficie lisa… Entre la roca y la isla había una pequeña ensenada con fondo arenoso, de unos seis metros de profundidad. El brillante sol penetraba hasta allí.

—En este sitio encontré dos doblones hace una semana —dijo Chris—. El otro lo hallé cerca de donde os zambullisteis vosotros ayer. Quizá tengamos suerte, hoy.

Bob y Pete inspeccionaron el fondo, mientras Chris nadaba por la superficie. Vieron rocas cubiertas de algas marinas, estrellas de mar y bandadas de pececillos. Muchos cangrejos se movían curiosamente de lado en su avance. Pero no descubrieron nada que se pareciera a un tesoro. Pete hizo una señal y ambos chicos subieron a la superficie.

—Este sitio apenas es profundo —dijo Pete, quitándose la boquilla. No merece la pena gastar aire aquí. Podemos necesitarlo en otra parte. Quitémonos, las botellas y usemos sólo las gafas como Chris.

Nadaron hasta la playa, dejaron el equipo entre las rocas y volvieron junto a Chris. Entre los tres cubrieron toda la ensenada mirando escrutadores el fondo, en busca de algo reluciente.

No lograron la recompensa de un descubrimiento excitante, y al cabo nadaron hacia la playa a descansar, calentarse al sol y charlar.

—Creo que hoy no hay suerte —comentó Chris descorazonado —. ¡Necesito encontrar algo! Mi padre ha sufrido una recaída y precisa de mayores cuidados. Bien, conozco otro lugar, donde hallé otra moneda hace tiempo. Iremos allí…

No acabó la frase. Sus ojos miraban hacia el mar. Los tres oyeron lejano un poderoso motor. Al fin divisaron una gran lancha motora

gris oscuro, vieja y despintada, que a toda velocidad venía hacia ellos.

—Alguien nos ha visto y quiere buscar también —dijo Chris.

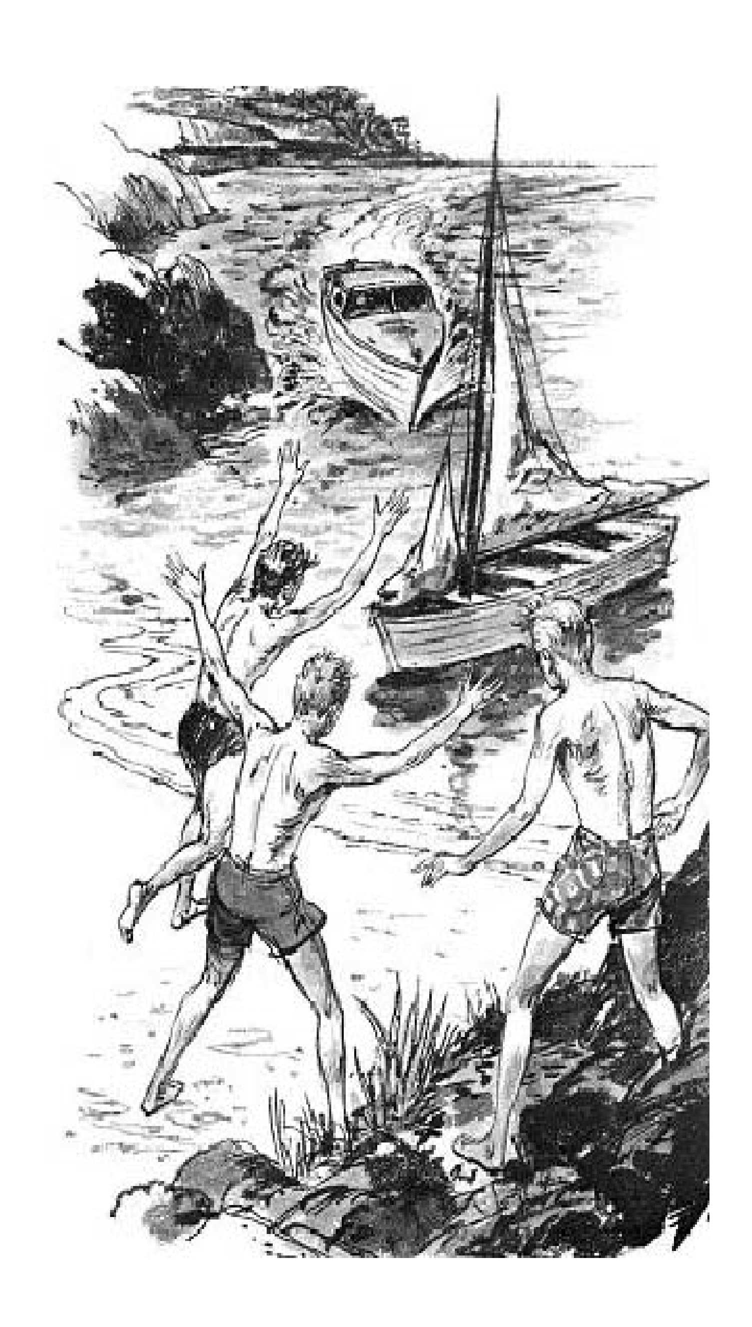
El muchacho griego se puso en pie de un salto al advertir que la motora no reducía velocidad.

—¡Que se estrellarán contra el escollo! —gritó, agitando los brazos.

—¡Eh, vire! ¡Qué se estrella!

Pete y Bob le hicieron compañíía, agitando los brazos y gritando.

Venía un hombre en la proa, con un viejo sombrero echado sobre el rostro. Si oyó o no el aviso, ellos no lo supieron. Sin embargo, el ruido del motor aminoró, y la embarcación perdió velocidad como si tratase de hacer marcha atrás. De repente cambió el rumbo, y su quilla embistió el costado de la barca de Chris, la pesada proa cortó la pequeña embarcación como si fuera de cartón. Durante un instante las dos barcas parecieron quedar unidas. Luego se oyó el bronco ruido del motor al forzar la marcha atrás, y la motora se despegó, enfilando rumbo a mar abierto.



Los tres chicos dejaron de gritar, y con sus corazones en un puño contemplaron cómo la barca de Chris se hundía en el agua, desapareciendo.

—¡Atiza! —gimió Pete—. ¡Se hunde con nuestras ropas, relojes y todo lo demás!

—Y también con nuestro regreso a casa —comentó Bob desalentado—. Nos quedamos aislados. ¡Perdidos otra vez en esta isla!

Chris guardó silencio. Apretó sus puños y su rostro angustiado dijo lo que era para él la pérdida de su única propiedad: la pequeña barca de vela con la que intentaba desesperadamente hallar un tesoro para ayudar a su padre.

# Capítulo 11

# Advertencia a Jupiter

El primer investigador se hallaba sumido en la lectura de las notas que Bob había escrito sobre la isla del Esqueleto cuando la señora Barton entró para decirle que la comida estaba a punto.

—¡Cielos! ¿Dónde están Pete y Bob? —preguntó—. He preparado comida para ellos también, y no han regresado todavía.

Jupiter parpadeó sorprendido. Bob y Pete habían dicho que estarían de vuelta hacia la hora de la comida. Probablemente se habrían engolfado en la búsqueda de doblones, sin advertir que el tiempo transcurría.

—Aparecerán en cualquier momento —dijo—. Comeré ahora. Tengo que ir a ver al doctor Wilbur.

Jupiter ingirió un bocadillo y un vaso de leche en la mesa de pino de la cocina. Su nariz seguía tapada y el apetito estaba en crisis. La señora Barton le orientó cómo llegar a la clínica del doctor Wilbur, situada a unos bloques de distancia.

Apenas vio gente por las calles. Pasó por delante de casas de estilo colonial. Muchas proclamaban su necesidad de nueva pintura. Había infinidad de locales con el letrerito de «Por alquilar» en las ventanas. Los almacenes vacíos son el índice más claro de que una ciudad vive períodos duros, y los negocios en Fishingport eran ciertamente malos.

La clínica del doctor Wilbur se hallaba en un pulcro edificio, bastante nuevo. En la sala de espera había una mujer acompañada de dos niños de corta edad, y dos ancianos que pacientemente aguardaban sentados con la mirada fija en el vacío.

La enfermera hizo pasar a Jupiter a una dependencia que era a

la vez oficina y sala de consulta. Había dos mesas, una de escritorio y otra para examinar al paciente, y un armario blanco repleto de medicinas y accesorios.

El doctor Wilbur, hombre alto y de pelo grisáceo, se hallaba sentado a su escritorio comiéndose un bocadillo.

—Hola, Jupiter —saludó al corpulento primer Investigador—. En seguida te atiendo.

Sirvióse café de un termo y se puso en pie. Luego examinó la nariz, garganta y oídos de Jupiter, escuchó los latidos de su corazón y le tomó la presión sanguínea.

—Hum, parece que has pillado un fuerte constipado. Acusaste el repentino cambio del clima de California.

Sacó varias píldoras blancas del armario y las colocó en un sobre, que entregó a Jupiter.

—Toma dos cada cuatro horas durante los próximos dos días. Descansa mucho y mantente alejado del agua. Estoy seguro de que pronto te sentirás mejor.

—Discúlpeme, señor —dijo Jupiter—. ¿Puede concederme unos minutos de charla? Bueno, si no está demasiado ocupado.

—Charlaremos mientras termino de comer —accedió el médico, sentándose de nuevo.

Jupiter se quedó en pie ante el escritorio.

—¿De qué quieres que hablemos? —preguntó el doctor.

—Verá, señor. Trato de reunir cuanta información puedo. Usted es el propietario de la isla del Esqueleto, donde la compañía cinematográfica cosecha tantos problemas, y…

—¿Te interesas por la isla del Esqueleto? —exclamó el doctor Wilbur—. Ya me cansa oír su nombre. La pobre Sally Farrington era demasiado simpática para convertirse en un fantasma.

—¿Supone eso que usted no cree en el fantasma que los pescadores han visto? —preguntó.

—En modo alguno. Los pescadores son ignorantes y supersticiosos. El fantasma se apareció una vez, y puedo contar la verdad de cómo sucedió. En realidad fue obra de unos bromistas de mal gusto. Yo era joven entonces. La isla pertenecía a mi padre. Puse gran empeño en averiguar lo sucedido y supe que los causantes eran tres muchachitos que luego se mudaron de ciudad.

»Los tres se trasladaron a la isla, pusieron en marcha el tiovivo,

y uno de ellos se envolvió en una sábana blanca. Las luces y la música atrajeron la atención de algunos, que propagaron la aparición. Los bromistas regresaron a la ciudad sin que nadie los viera.

»No obstante, ellos lo negaron y yo no pude probarlo. Dije a la gente que había sido un truco, pero todos prefirieron creer en el fantasma. Es mucho más interesante creer en fantasmas que en unos bromistas.

Jupiter Jones asintió. La historia del doctor Wilbur era verosímil.

—Lo malo es que esta clase de cuento —siguió el médico—, nadie lo detiene. Desde entonces siempre hay alguno que asegura haberlo visto. Y a esa historia se debe en parte el cierre del parque de atracciones, pero sólo en parte. La verdad es que se construyó otro parque cerca de Melville, más moderno y atractivo. Mi padre carecía de dinero para competir, y tuvo que cerrar el suyo.

—Cuando murió yo heredé la isla. No pude venderla, ni me interesó abrir el parque. Decidí que las cosas siguieran como estaban.

»Durante estos años no gané ni un centavo con la isla. Ahora, la gente del cine me la alquiló para la película —el doctor Wilbur miró a Jupiter por debajo de sus pobladas cejas—. Si es que realmente hacéis una película. La gente habla de que buscáis el tesoro de los piratas.

—No es cierto, señor —Jupiter sacudió la cabeza—. Eso es tan absurdo como el cuento del fantasma.

—Me desilusionas —exclamó el médico—. Esperaba que fuese cierto. Si alguien encontrase un tesoro, me pertenecería, por ser mía la isla.

—Puedo afirmar que no buscamos ningún tesoro. Además, usted sabe que de haber existido lo habrían encontrado muchos años atrás.

—Estoy de acuerdo en eso, muchacho. Ahora bien, la gente no lo admitirá nunca. Prefieren dar crédito a cualquier bulo que sea de su agrado.

—Doctor Wilbur, ¿porque hay personas interesadas en que no realicemos la película en su isla? Al menos es mi creencia.

—¡Hum! —El doctor se sirvió más café—. Si piensan que hay un

tesoro querrán que os marchéis para buscarlo ellos. Claro que el móvil de todo eso pudiera ser el robo del equipo. Hay gente muy pobre aquí, desde que se acabó la pesca de ostras. Tampoco debemos descartar a los que gozan fastidiando a los de Hollywood. Bueno, aquí tienes tres razones. Elige la que más te guste de todas ellas.

—No es fácil de comprenderlo —dijo Jupiter, frunciendo el ceño.

—¿Intentas resolver el misterio? —El doctor se sonrió—. Bueno, admito que tienes vena de detective.

—Ojalá fuera cierto, señor —respondió Jupiter, que tenía excelente opinión de sí mismo—. Confieso, empero, que mis amigos y yo hemos hecho otras pesquisas. Vea nuestra tarjeta.

Entregó al doctor Wilbur una tarjeta, que decía:

**LOS TRES INVESTIGADORES**

*"Investigamos Todo"*

? ? ?

| | |
|---|---|
| *Primer Investigador* | Jupiter Jones |
| *Segundo Investigador* | Pete Crenshaw |
| *Tercer Investigador* | Bob Andrews |

—Los interrogantes constituyen nuestro símbolo. Significan preguntas sin respuesta, misterios sin resolver, y enigmas que intentamos develar.

El doctor Wilbur se sonrió.

—Muy ambicioso —dijo—. Sin embargo, me gustan los muchachos que tienen confianza en sí mismos. ¿A qué se atribuye que Sam Robinson os abandonase en la isla de La Mano cuando llegasteis aquí?

—Puede que sólo se propusiera asustarnos —respondió Jupiter —. También cabe la posibilidad de que alguien desee nuestro regreso a Hollywood, porque teme que descubramos la causa de su hostilidad a la compañía cinematográfica. Eso hace que el misterio gane en profundidad, señor. Para mí, no se trata de una simple

fechoría.

—¡Hum! —El doctor Wilbur le observó con más atención—. Hijo, presiento que eres más listo de lo que pareces.

—Gracias, señor. Según sé, la historia del fantasma del tiovivo no se repitió en muchos años, hasta que de repente se habló nuevamente de ello hará diez o quince años. ¿Recuerda usted con exactitud cuándo se reanudaron?

—Déjeme pensar —el doctor se acarició la barbilla—. Oí hablar de ella poco antes de trasladarme a este edificio. De eso hará unos diez años. Desde entonces las personas más ignorantes no han cesado de alimentarla. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada de particular —confesó Jupiter—. Sin embargo, cualquier detalle puede ser importante, señor. Muchísimas gracias. Temo haberle hecho perder su tiempo.

—No, muchacho —el médico se puso en pie—. Me gustará saber cuanto logras averiguar —y cuando Jupiter se marchaba, añadió—: Si hallas algún tesoro en la isla, recuerda que me pertenece.

Jupiter salió pensativo. Había conseguido algunos detalles, si bien estos carecían de lógica trabazón.

Ya en la calle, un coche se detuvo frente a él. Al mirar vio que era conducido por el jefe de policía.

—Hola, muchacho. Quizá te interese saber que he localizado al bribón de Sam Robinson. Pero se ha largado de estas tierras.

—¿Que se ha largado? —preguntó Jupiter.

—Consiguió empleo en un barco que se hizo a la mar esta mañana. No regresará hasta dentro de unos meses. Según me dijo un amigo suyo, sólo quiso gastaros una broma. Por lo visto, vuestra reputación le resultó tentadora. Claro que no creo ni una de sus palabras.

—Yo tampoco —afirmó Jupiter.

—Sin embargo, eso es todo cuanto hemos sabido. Bien, si logro más información, me pondré en contacto con vosotros.

El coche partió raudo, y Jupiter se dirigió a casa de la señora Barton. En su fuero interno estaba seguro de que al fin conseguiría desvelar el misterio de la isla del Esqueleto.

Apenas advertía el mundo que le rodeaba, hasta que pasó por delante de una taberna, y un hombre alto y delgado que salió de ella le obstruyó el paso. Jupiter tuvo que detenerse para no chocar.

—Un momento, jovencito —dijo el hombre—. Quiero darte un consejo.

—¡Oh!, sí señor.

Jupiter comprendió que el hombre no deseaba mostrarse amistoso, e hizo que su rostro reflejase una gran estupidez, en lo que era maestro cuando se lo proponía.

—Acepta un consejo, muchacho. Regresa a Hollywood, si quieres conservar entera la piel. Y ¡llévate a todos esos sujetos del cine! Ninguno es bien visto en Fishingport.

El desconocido acentuó su desagradable sonrisa. Jupiter vio que llevaba un tatuaje en el dorso de una mano. Aunque el tatuaje no era muy claro, le pareció una sirena. Sin saber por qué, un leve temblor sacudió su espina dorsal.

—Sí, señor —concedió sin enmendar su apagada expresión—. Se lo diré a ellos. ¿De parte de quién, por favor?

—Eso carece de importancia, jovencito. Lo realmente importante es que ahueques el ala, si sabes lo que te conviene. Por hoy es ése *mi* consejo.

El hombre entró en la taberna.

El corazón de Jupiter se calmó, y sin prisas reanudó su camino hacia la casa de la señora Barton. Ciertamente, había acertado en que alguien se hallaba muy interesado en alejar a los del cine de la isla del Esqueleto.

# Capítulo 12

# Singular descubrimiento

—¡Mi barca! —Chris luchaba por contener sus lágrimas—. ¡La he perdido! ¡Ya no tengo barca! Ahora sí que nunca lograré encontrar el tesoro.

—¡Repámpanos! —exclamó Bob, comprendiendo que la pérdida de Chris era mucho mayor que la de ellos—. ¿Qué hizo ese tipo? ¿Fue un accidente o lo hizo adrede?

—¡Adrede! —exclamó Chris enojado—. De otro modo hubiera preguntado por el dueño, para excusarse.

—Desde luego —admitió Bob—. Sin embargo, no comprendo que a nadie le interese hundir una barca.

—Así evita que siga buscando el tesoro —se quejó Chris—. ¡No soy del agrado de muchos pescadores! Odian a los extranjeros. Consideran que la bahía es de ellos.

Se quedaron pensativos, incapaces de adoptar una decisión. El hambre hormigueaba en sus estómagos, y no se advertía la presencia de ninguna embarcación. Tampoco había medios de hacer señales. ¿Cuánto tiempo habrían de estar allí?

—¡Bien!, al menos conservamos el equipo de bucear —se consoló Bob—. Vale mucho, y no me gustaría tener que pagarlo.

—Tienes razón —dijo Pete—. Esa clase de equipo vale cientos de dólares y… ¡Aguardad un momento!

¡Los dos investigadores se miraron. Acababa de ocurrírseles la misma idea!

—¡Podemos zambullirnos en busca de nuestras ropas! —dijo Bob.

Chris se sonrió.

—Todos podemos zambullirnos. Recordad que soy hijo de un pescador de esponjas griego. Apuesto a que puedo zambullirme mejor que vosotros, aunque no me quede abajo tanto rato.

Espoleados por el interés de la acción, Bob y Pete se vistieron apresuradamente su equipo. Los tres muchachos nadaron hasta el escollo y caminaron por encima de él, luego se sumergieron en las profundas aguas.

La barca hundida era una sombra blanquecina en el fondo, que parecía mecerse, debido a las pequeñas olas que rompían en la superficie, Bob y Pete avanzaron impelidos por las aletas, que daban mayor potencia a los pies.

Chris cogió una piedra de regular tamaño, y con ella en sus brazos se sumergió raudo y dejó tras sí a los otros. Alcanzó la barca antes que ellos recorriesen la mitad de la distancia. Chris cogió las ropas cuidadosamente dobladas debajo del asiento y se disparó hacia arriba. Al cruzarse con sus amigos, se sonrió.

En la paz de las profundidades submarinas, Bob y Pete olvidaron de momento su situación. Eran buceadores entregados a un serio trabajo de recuperación.

Juntos llegaron a la embarcación y la alzaron. La vela se agitó movida por la corriente, y hubieron de ser precavidos para no resultar azotados. Examinaron su interior. Chris se había olvidado unos pantalones, los de Bob, que se desplazó unos metros para rescatarlos. Pete hizo otro tanto para recoger uno de los zapatos de Chris. La corriente arrastraba cada vez más la barca. Tanto es así, que ambos submarinistas tuvieron que nadar vigorosamente para alcanzarla de nuevo.

Cinco minutos después, consideraron que ya habían recuperado cuanto les interesaba, y Bob asintió al ver la señal que le hacía Pete. Sus aletas golpearon con fuerza el agua, que parecía abrirse ante ellos. Chris les aguardaba en el arrecife. Éste les recibió con su eterna sonrisa cuando lograron posarse en la roca.

—No lo hicimos tan mal ¿eh? Bueno, me parece que hemos recuperado nuestras cosas.

Dicho esto, Chris separó sus ropas del montón, y, luego de examinarlas, exclamó desalentado:

—¡Falta mi brújula! Era buena. Bajaré a buscarla.

Se zambulló presuroso.

—¿Qué te parece si llevamos nuestras ropas a la playa y las extendemos para que se sequen? —preguntó Pete a Bob.

Pero Bob tenía otra idea en su mente.

—Me gustaría poseer algo para hacer señales. Tu padre pensará que somos unos atolondrados nada cuidadosos, puesto que por segunda vez nos vemos aislados en el mismo sitio.

—No fue culpa nuestra —respondió Pete.

El segundo investigador cogió las dos pesadas linternas que había rescatado del bote hundido.

—Celebro haberlas recuperado —dijo—. Son muy caras. También nos servirán para hacer señales, si es que nos anochece aquí.

—¡Repámpanos! —Bob miró el sol—. Aún falta mucho para que oscurezca. ¡No creo que nos veamos obligados a estar aquí hasta entonces! ¡Me muero de hambre!

—Pongamos a secar las ropas, y luego veremos qué se nos ocurre —sugirió Pete.

Volvieron a colocarse las mascarillas y nadaron hacia La Mano. Extendieron las ropas sobre las cálidas piedras, y empezaban a quitarse el equipo cuando advirtieron que Chris no había reaparecido.

La angustia hizo presa en los dos amigos.

—¡Corcho! —exclamó Bob—. Algo ha sucedido a Chris.

—¡Puede que se haya enganchado en algo! —Pete aparecía blanco—. ¡Intentemos rescatarlo!

Sin cambiar una palabra más se ajustaron de nuevo el equipo, y nadaron de vuelta al arrecife.

Durante breves segundos permanecieron de pie sobre la roca, mirando el fondo del agua verdosa iluminada por el sol. No captaron ninguna forma en movimiento que pudiera ser Chris. Juntos se zambulleron y nadaron con sus corazones latiéndoles de prisa debido a la angustia.

Había cavidades en la base del arrecife, hechas por la fuerza de las corrientes. Quizá Chris se hubiera introducido en una de ellas, quedando aprisionado. También podía estar enredado en la vela, o debajo de la barca.

Pronto localizaron la embarcación. Las corrientes submarinas la habían arrastrado por el fondo. Pero no hallaron a Chris.

Bob se deslizó por la arena del fondo, y temeroso reconoció el interior de la barca. Chris tampoco estaba allí. Lo que fuera que hubiera sucedido, no estaba relacionado con la embarcación. Tampoco había tiburones en aquellas aguas, ni otros peces mortíferos. ¿Con qué otro peligro había tropezado Chris?

Pete le tocó el brazo. ¡Dos de sus dedos señalaron la formación rocosa en señal de que investigarían juntos las rocas! Debajo del agua siempre debe operarse en compañía para soslayar peligros. Bob asintió.

El fondo del escollo era irregular. En ciertos lugares, pequeños huecos oscuros hablaban de la fuerza de las corrientes. Miraron en todas las oquedades, reprochándose el haberse dejado olvidadas las linternas. Sólo vieron nubes de pececillos que se alejaban presurosos de ellos.

Las algas parecían cortinas ondulantes en ciertos sitios. Tuvieron que apartarlas para reconocer el lado opuesto. Cinco minutos después, y luego de haber recorrido unos cien metros sin hallar señales de Chris, se detuvieron.

De repente, Bob advirtió los ojos de Pete muy abiertos y angustiados. Sin saber la causa, el tercer investigador hizo una señal hacia atrás, y los dos se dirigieron raudos hacia la embarcación hundida. Se hallaban próximos cuando una figura que nadaba veloz pasó disparada delante de ellos.

¡Chris tenía mucha prisa en llegar a la superficie!

¿Cómo pudo Chris permanecer debajo del agua durante veinte minutos sin equipo de buceo?

Ellos lo siguieron a la superficie, y lo encontraron en el borde del escollo, donde el agua les llegaba al pecho. Respiraba a grandes bocanadas.

Ciertamente, su aspecto no era de quien ha vivido un gran peligro. Al verlos, la sonrisa afloró en sus labios.

Bob y Pete llegaron hasta él y se quitaron de un tirón las mascarillas.

—¡Caramba, Chris, menudo susto nos has dado! —exclamó Pete.

—¿Dónde estuviste? —preguntó Bob, aliviado—. ¿Qué te sucedió?

Chris echó atrás la cabeza y se rió alegre.

—Hallé algo —dijo, alzando su puño derecho, fuertemente

apretado—. ¿Adivináis qué?

—¿Tu brújula? —preguntó Bob.

Chris denegó.

—Inténtalo otra vez.

—¡Una pieza de oro! —gritó Pete.

Chris abrió la mano. Un trozo reluciente de forma irregular apareció en su palma. Aunque deformada, ciertamente se trataba de una moneda de oro.

—Nunca adivinaréis lo que hallé —dijo.

—¿Un cofre con un tesoro —preguntó Bob—, enterrado en la arena?

—No. Encontré una cavidad en el fondo del arrecife. Los peces entraban y salían, y pensé que si los peces pueden nadar por allí, también Chris. ¡Y entré!

Su pausa hizo más dramática la tensión del momento.

—Encontré una cueva submarina. Y dentro de ella este doblón. Apuesto… apuesto que hay muchos más.

# Capítulo 13

# La cueva secreta

Uno al lado de otro, Bob y Pete flotaron en el agua a unos dos metros del fondo. Las burbujas ascendían de sus conductos respiratorios en pequeños grupos. Unas lubinas desaparecieron en la negra boca hacia la cual se dirigían los muchachos.

La entrada no era grande, quizá cuatro metros de ancho por uno y medio de alto. Tenía la forma de enorme ojo abierto, oscuro y sin bola. Los bordes aparecían lisos debido a las corrientes de agua que entraban y salían. Pese a que abundaban las algas, éstas no crecían cerca de la abertura.

A siete metros de ellos, la barca de Chris se movía, pero Bob y Pete se desentendieron de ella. En sus mentes sólo había pensamientos para la cueva submarina que Chris descubriera. Esta vez se habían provisto de sus linternas, y en cuanto hubieran hecho acopio de valor, penetrarían en la cueva, dispuestos a explorarla.

Chris había dicho que no era peligroso.

El griego no pudo encontrar su brújula en el fondo arenoso de la bahía. Y ya retornaba a la superficie, cuando descubrió la boca de la cueva. La idea de hallar un tesoro en su interior, le indujo a penetrar en ella.

La cueva parecía ensancharse a medida que avanzaba. La oscuridad reinaba en aquel mundo de silencio. Chris vio el punto de luz que formaba la abertura a su espalda, y no se acobardó.

Después comprendió que su entusiasmo lo había llevado más lejos de lo debido. ¡Sus pulmones carecían de reserva de aire para salir a la superficie!

—Seguro que fui pez asustado entonces —contó Chris al llegar a

ese punto de su historia—. Mi única posibilidad de vida estaba en que la cueva se agrandase por encima de mí, ofreciéndome aire. Nadé enloquecido y hallé algo de luz en el techo. Redoblé mi esfuerzo, y, de repente, tuve aire para respirar. Lo hice con fuerza, antes de explorar cuanto me rodeaba. ¡Me hallaba en una cueva debajo de la isla! Un agujero a través de las rocas iluminaba el lugar cubierto de algas. Me disponía a descansar, cuando mi mano tocó una moneda de oro bajo las algas. Entusiasmado las removí, pero no hallé ni una más. Luego nadé para venir a buscaros.

¡Una caverna marina con un tesoro pirata en su interior! Si Chris había estado en ella sin equipo de buceo, Pete y Bob podrían hacerlo mucho más fácilmente, con el moderno equipo de Jeff Morton. No parecía peligroso. ¿Por qué no realizar una breve incursión?



Mientras vacilaban en la entrada de la cueva, un cuerpo blanco pasó raudo entre ellos. Chris les hizo señas antes de penetrar como una flecha en la negra abertura. Bob y Pete ya no vacilaron más.

Sus linternas iluminaron el agua transparente, flanqueada de paredes rocosas cubiertas de algas. Los asustados peces huían presurosos.

Chris desapareció, pues nadaba mucho más aprisa. Ellos tenían que hacerlo cuidando de no golpear sus equipos en las rocas salientes, la luz de Pete iluminó el techo, y, de repente, sólo halló agua. La excitación les propulsó hacia arriba, con una potencia que nunca hubieran soñado poseer. Subieron seis… diez metros, y se asomaron fuera del agua.

Se hallaban en una caverna de regular tamaño y tosca techumbre a metro y medio de sus cabezas. Chris, sentado en un borde rocoso, balanceaba sus pies en el agua. Los dos muchachos llegaron hasta él, y se acomodaron precavidos sobre las resbaladizas algas. Luego se quitaron las mascarillas.

—Estamos en el corazón de La Mano —dijo—. ¿Os gusta mi cueva?

—¡Repámpanos! —exclamó Bob—. ¡Apuesto a que nadie, excepto nosotros, ha estado jamás aquí!

La luz de su linterna mostró una cueva irregular, cuyo techo alcanzaba de uno y medio a dos metros por encima del agua. En un extremo observaron un estrechamiento de la cavidad. ¡Y también un levísimo resplandor que les intrigó!

Bob apagó su linterna. En la tenebrosa noche de aquel mundo subterráneo empezó a cobrar fuerza una fantasmal y misteriosa claridad. El agua hacía pequeños ruidos de gorgoteo contra la roca, y tiras de algas subían y bajaban como pelo flotante de algún extraño monstruo submarino.

—Hay un agujero entre las rocas que lleva hasta la superficie —dijo Bob.

—¡El chorro! —exclamó Chris—. ¡Ese agujero produce el chorro! En la tempestad, el agua penetra aquí, se precipita contra las rocas, y se dispara como un geiser. Pero nadie sabe que hay una cueva aquí. Todos piensan en que es una grieta estrecha que sube del fondo.

—¡Tienes razón! —gritó Bob.

A su mente vino el recuerdo del extraño surtidor de agua que brotó en el centro de la isla dos noches antes. En los informes que había recopilado se mencionaba el chorro visto por los primeros exploradores de la isla. Empero sólo ellos habían descubierto su origen.

—¡Oh! —exclamó desilusionado el tercer investigador.

Los otros miraron inquisitivos a Bob, que añadió:

—Acaba de ocurrírseme una cosa. Si somos los primeros en penetrar en esta cueva, no puede haber ningún tesoro pirata en ella.

—¡No se me ocurrió eso! —gimió Pete.

—¿Cómo lo sabemos? —preguntó Chris—. Encontré una moneda de oro, ¿no? ¡Déjame una linterna y me zambulliré a buscar!

Bob le entregó la suya, y el griego se deslizó al agua. En la oscuridad apareció un amortiguado destello de luz mientras Chris nadaba hacia el arenoso fondo.

—Sería formidable que esta cueva hubiera servido de escondite a los piratas, y que nadie antes de nosotros lo descubriera —dijo Pete—. Empero sospecho que estás en lo cierto, Bob.

Contemplaron el resplandor de luz debajo de ellos que se movía atrás y adelante. Chris se entretenía demasiado. Transcurrieron unos dos minutos y medio hasta que apagó la linterna.

Instantes después su cabeza emergió del agua. Pete apagó su luz, y Chris sentóse junto a ellos.

—¡Tenéis razón! —Su voz era triste—. No hay tesoro allá abajo. Sólo cangrejos, peces… y crustáceos como estos.

Abrió su apretado puño.

Bob y Pete vieron… ¡Dos doblones de oro!

—¡Recáspita! —exclamaron a la vez—. Chris, ¿dónde estaban?

—En la arena.

Nerviosos, se pasaron las monedas de uno a otro. ¡Eran formidablemente pesadas y valiosas!

—Ahora tenemos tres —dijo Chris resplandeciente—. Una para cada uno.

—No, tú las encontraste —rechazó Bob—. Son tuyas.

—Haremos partes iguales —insistió Chris—. Ahora bajad vosotros. Quizás encontréis más. Tal vez suficientes para comprarme una barca nueva, y cuidar bien a mi padre.

Bob y Pete se ajustaron las mascarillas, y se aseguraron de que

los tubos respiratorios estuvieran en buen funcionamiento, luego se deslizaron al agua.

El fondo arenoso estaba punteado de conchas. Dirigieron sus luces hacia aquella dirección, pero no vieron nada de particular. De repente, el segundo investigador localizó un diminuto brillo en un borde de la pared rocosa. Resultó ser un doblón de oro, medio enterrado en la arena.

Bob nadó de un lado para otro por encima del fondo. Sus pies se movían suaves, pero ligeros. Minutos más tarde localizaron un pequeño objeto, semioculto bajo la concha vacía de una ostra. Era otro doblón.

El entusiasmo los aturdió. ¿Sería posible que en aquella cueva submarina hubiese un tesoro pirata? Tal vez no se hallaba en un sólido y lindo cofre, sino esparcido por el fondo. En tal caso tenía que haber más monedas y debían localizarlas.

Sin percibir el paso del tiempo, inspeccionaron el fondo. Giraron conchas de ostras que levantaban nubes de arena. Después tenían que esperar hasta que se aclaraba el agua.

Una vez en posesión de media docena de doblones de oro cada uno, sus manos quedaron llenas. Bob golpeó a Pete y nadaron hacia arriba, en busca de la superficie. Exultantes, vertieron su hallazgo encima de una parte lisa de la roca.

—¡Logramos unos cuantos! —gritó Bob—. Tienes razón. ¡Hay un tesoro en esta cueva!

Sonriente Chris se giró hacia atrás, y al volverse de nuevo enseñó tres doblones más.

—Encontré éstos en la roca debajo de las algas —dijo.

—Seguro que hay muchos —aventuró Bob—. No sé de dónde vinieron, pero si hemos encontrado éstos, hallaremos otros.

—Eso pienso —dijo Pete—. ¡Vamos, reanudemos la búsqueda!

La fiebre del oro hace imposible que una persona piense en otra cosa. Y ciertamente los tres muchachos se hallaban poseídos de la fiebre del oro. Olvidados del tiempo y de cualquier otra consideración, empezaron a buscar por la cueva subterránea. Recorrieron el fondo centímetro a centímetro, y exploraron toda hendidura.

Mientras buscaban, sucedió algo que nunca se hubieran imaginado. La barca de Chris, arrastrada por la corriente, taponó la

entrada en forma de ojo de la caverna. Se quedó empotrada con tal fuerza, que selló la cueva como si fuera una botella.

¡Los muchachos quedaron prisioneros en una cueva submarina, cuya existencia era desconocida!

# Capítulo 14

# Trance peligroso

Jupiter estaba preocupado. Avanzaba la tarde y Bob y Pete no regresaban de su paseo con Chris. ¿Qué podía haberles sucedido?

Se alzó de la mesa donde tenía extendidos todos los recortes de periódicos traídos por Bob y sus anotaciones. De una caja sacó un pañuelo de papel, la señora Barton aseguraba que era preferible emplear esta clase de pañuelo cuando se está resfriado, y por eso le dio la caja. Jupiter observó a través de la ventana el extremo norte de la bahía. No vio ninguna barca. La señora Barton le trajo un vaso de leche y algunas golosinas.

—Quizá quieras merendar, Jupiter. ¡Carambolines, aún no han regresado los chicos! ¿Dónde pueden estar?

—Lo ignoro —respondió Jupiter, sacudiendo la cabeza—. Dijeron que regresarían a la hora de comer, y son formales. Quizá se encuentren en algún peligro.

—No debes preocuparte —aconsejó la mujer—. Quizá se pusieron a pescar entre las rocas y se olvidaron del tiempo.

Ella se fue a sus quehaceres, y Jupiter permaneció sentado comiéndose unos pastelillos mientras consultaba las notas.

Trató de coordinar los hechos. Veinticinco años atrás la muerte de la pobre Sally Farrington y la broma ridícula de unos muchachos dieron ocasión a la leyenda de un fantasma en la isla del Esqueleto. Durante muchos años nadie volvió a verlo. Sin embargo, desde hacía unos diez años, era frecuente su aparición. Ahora bien, siempre lo veían pescadores de poco fiar. Resultado, que la gente dejó de ir a la isla del Esqueleto.

Cuando llegó la compañía cinematográfica y empezó a

reconstruir el parque de atracciones para filmar unas escenas, empezaron los robos de material, en un claro sabotaje que Jupiter atribuía al propósito de hacerlos desistir y marcharse. ¿Guardaba alguna relación la historia del fantasma y la presión que se hacía sobre la compañía de cine?

El primer investigador luchaba con esta pregunta cuando entró en la estancia un Jeff Morton muy abatido.

—¡Jupiter! ¿Has visto a Chris Markos?

—No desde el desayuno —contestó—. Pete y Bob se fueron a navegar con él. No han regresado en todo el día.

—¡Navegando todo el día! —exclamó Jeff, cuya pecosa faz sonrojóse de ira—. Me pidieron dos equipos de buceo esta mañana. Querían hacer prácticas.

Sus rasgos se endurecieron. Durante un momento se quedó pensativo. Luego añadió:

—¿Tratarían de zambullirse en unión de ese loco griego, en busca del tesoro?

Ambos se miraron presa de creciente alarma.

—¡Tenemos que buscarlos! —dijo Jeff—. Quizá les haya ocurrido algún percance. Si les ha pasado algo… con lo que ya ocurre… —No acabó la frase, pero su semblante se oscureció—. Vamos, Jupiter. ¡En marcha!

Jupiter se olvidó de su resfriado, del misterio y de todo, excepto de hallar a Bob, Pete y Chris. Siguió a Jeff hasta la playa, donde les aguardaba un bote con motor fuera borda. Segundos después la embarcación volaba por la superficie acuosa de la bahía.

Jupiter ansiaba preguntar a Jeff lo que quiso significar cuando empezó a decir «con lo que ya ocurre», empero el otro no parecía muy dispuesto a conversar.

Además, el ruido del motor hubiera hecho muy difícil toda charla.

Navegaron hasta la isla del Esqueleto, donde tenían la embarcación a motor más grande.

—Necesitaremos espacio para los chicos cuando los encontremos —explicó Jeff—. También necesito llevar mi equipo. Quizá lo precise.

Jupiter intuyó que Jeff Morton temía que algo hubiera sucedido a sus amigos mientras buceaban. Intentó apartar semejante

pensamiento de su cabeza. Bob y Pete no eran temerarios. Nunca se expondrían como hacen los locos. Empero, no todos los accidentes son debidos a temeridades. A veces ocurren cosas inesperadas.

Jeff pilotó la motora hacia la bahía y empezaron la búsqueda. Primero navegaron alrededor de la isla del Esqueleto.

Luego sortearon los arrecifes y finalmente rodearon dos veces la isla de La Mano.

—No hay señales a la vista —dijo a Jupiter, parando el motor—. La barca no se halla en esta parte de la bahía. La única posibilidad que se me ocurre es que los chicos navegasen hacia el lado este. Iremos hasta allí, y recorreremos toda la línea costera.

Jupiter asintió. Jeff movió una palanca y la embarcación se alejó de La Mano.

* * *

Mientras, en la caverna sumergida debajo de La Mano, Bob, Pete y Chris permanecían acuclillados en la piedra cubierta de algas, con el agua alrededor de sus cinturas. Ignoraban el tiempo que llevaban allí. Pero en el agujero de chorro, la luz había desaparecido y la marea había crecido medio metro como mínimo.

La excitación les hizo olvidarse de todo, excepto de los doblones de oro que buscaban. Tenían ya de cuarenta a cincuenta piezas, que llenaban el pequeño saco de lona que Chris trajera. No era una gran fortuna, pero resultó emocionante la búsqueda.

Al fin, Chris advirtió que la marea crecía.

—Será mejor que salgamos de aquí —dijo alegre—. Ahora ya sabemos dónde está el oro.

—Hace media hora que no encontramos un doblón —gruñó Pete —. Y me muero de apetito. Tiene que ser tardísimo.

Pete iba delante, y fue el primero en ver la barca que obstruía el paso, Había penetrado de lado, introduciendo el mástil y vela en la cueva. El movimiento del agua hizo que la punta del mástil quedase sujeto en una grieta de la roca.

La linterna de Pete mostró la escena con todo detalle. El espacio entre la barca y la roca era inferior a treinta centímetros. ¡Ninguno de ellos pasaría por allí! ¡Estaban atrapados!

Pete y Bob nadaron hasta la barca y la empujaron. Empero sólo

consiguieron salir despedidos hacia atrás. La embarcación no se movió de su sitio.

En aquel momento, Chris llegó disparado hasta ellos. Vio la barca, y comprendió cuál era la terrible situación. Sin detenerse un instante, regresó a la cueva. Tenía que alcanzar la superficie antes de que se acabase el aire en sus pulmones.

Pete y Bob recordaron que también a ellos se les acababan sus reservas. Realizaron otro esfuerzo fallido para quitar la barca, y siguieron a Chris.

Minutos después estaban todos acuclillados sobre la roca.

—¡Vaya situación! —se quejó Chris—. La marea tiene bien sujeta la barca allí.

—Seguro —dijo Pete alicaído—. ¿Quién iba a esperarse que ocurriera una cosa así?

—Yo advertí que la marea empujaba la barca —confesó Bob—. Pero no se me ocurrió pensar en que pudiera obstruir la entrada. ¿Qué hacemos?

Siguió un largo silencio. Chris dijo:

—La marea sube ahora y empuja hacia adentro. Cuando se retire, lo hará hacia fuera. Esperémoslo así.

—¡Pero la marea no cambiará durante horas! —gimió Pete—. Y entonces… ¡Imaginad que la barca no se mueve!

—Tenemos un problema mayor que ese —dijo Bob.

—¿Un problema mayor? —preguntó Chris—. ¿A qué te refieres?

Bob alumbró hacia arriba, y mostró sobre sus cabezas el techo arqueado de la caverna, húmedo y resbaladizo por las algas.

—¿Veis? —Siguió Bob—. Cuando la marea sube, esta cueva se llena de agua. Si aguardamos a que se retire, tendremos que vivir como los peces.

Los tres escucharon sonidos de gorgoteo a su alrededor. Bob estaba en lo cierto.

* * *

En la motora que se alejaba de La Mano, Jupiter dio un grito.

—¡Señor Morton! ¡Regresemos! ¡Veo algo en la playa!

Jeff frunció el ceño, pero obedeció. Un minuto después atracaban en la diminuta playa de la isla. Jupiter corrió hasta donde

había divisado la ropa de sus amigos. Jeff se le unió cuando aquél revolvía excitado las prendas ya secas.

—¡Todas sus ropas! —dijo a Jeff—. Tiene que estar por aquí. Tal vez se hayan sumergido. Busquémoslos.

Jeff Morton miró perplejo las ropas.

—La barca no está —comentó—. Pero sí sus ropas. Tal vez se llevaron el equipo de buceo por alguna razón. Nosotros…

Jupiter ya no lo escuchaba. Ascendía la joroba de la isla de La Mano, con mucha más premura y agilidad de la que era normal en él.

Una vez en la parte superior del promontorio miró hacia la playa del otro lado. Durante un momento se quedó perplejo. No había nada a la vista. Y él subió allí seguro de que localizaría a sus amigos, o la barca. Pero no estaban. Desalentado, se dejó caer sobre un saliente.

Jeff llegó sudoroso.

—Ya dimos la vuelta a toda la isla, y no los vimos. ¿Dónde diablos se hallarán?

Enojado, cogió una piedra y la lanzó lejos. La piedra cayó en una nueva pendiente, y luego de rodar unos metros se introdujo en un agujero de unos veinticinco centímetros. Segundos después se oyó un amortiguado sonido.

Jupiter no le prestó atención.

—Tiene razón —dijo—. Será mejor que nos traslademos a la playa este de la bahía. Aunque me desconcierta que dejaran sus ropas aquí.

Jeff se puso en pie.

—Vamos, ya es hora de ponerse en marcha. Habrá que llamar al guardacostas. Pronto será de noche y necesitaremos toda la ayuda que podamos encontrar.

Jeff se encaminó a la embarcación seguido de Jupiter. Éste se imaginaba a sus amigos en graves apuros. Quizá por eso creyó oír sus voces pidiendo auxilio. Pero sentíase impotente al ignorar su paradero. Si, aquellas voces en su imaginación eran como si…

—¡Dios mío! —exclamó Jupiter.

Sus piernas no obedecieron a ningún mandato. Simplemente retrocedió presa de emoción incontenible. Ni siquiera escuchó los gritos de Jeff. En su mente y en su corazón sólo había un anhelo:

¡Llegar al agujero por donde se producía el surtidor durante las tormentas! Tan pronto lo alcanzó, tendióse en el suelo y puso la cabeza dentro del orificio.

—¡Bob! ¡Pete! ¿Estáis aquí? —exclamó angustiado.

Tras breve silencio, que a Jupiter se le antojó una eternidad, experimentó sensaciones de tristeza, decepción y hondo desconsuelo.

¡Era imposible que se encontraran allí! No en el centro subterráneo de la isla. ¿Cómo habrían de estar en semejante lugar?

De repente, amortiguada, pero claramente, llegó la respuesta de Pete:

—Jupe, estamos atrapados. Si la marea sube un poco más, quedaremos bajo el agua. ¡Sácanos de aquí!

## Capítulo 15

# Jupiter piensa

En la cueva los muchachos se sujetaban fuertemente a las algas de la roca. De otro modo el agua que les llegaba a los hombros los hubiera hecho flotar, alejándolos. Subía de prisa.

De seguir así, se verían obligados a nadar y mantenerse a flote como pudieran hasta que la marea los aplastase contra el techo.

—¿Qué les retiene tanto? —murmuró Pete, algo tembloroso.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que la piedra cayese inesperadamente al agua por el agujero superior? Entonces, Bob y Pete gritaron con todas las fuerzas de sus pulmones. Pero ¿cuánto hacía de eso? ¿Un minuto… un año?

La falta de respuesta les hizo suponer que la piedra había caído sola. Sin embargo, era la única posibilidad de ayuda exterior y se aferraron a ella. Sus gritos arreciaron.

¡Al fin oyeron a Jupiter! Y tras la voz de su amigo les llegó muy grata la de Jeff Morton, que necesitó de un par de minutos para comprender cuál era la situación de los muchachos. Entonces les gritó palabras de aliento y esperanza, y se fue seguido de Jupiter para organizar la operación salvamento.

Los atrapados aguardaban la ayuda prometida. Bob mantenía encendida su linterna, pese a que las pilas se agotaban. La débil luz era una esperanza que en la oscuridad se hubiera diluido en pesimismo.

—Escuchad —propuso Chris—. No hablemos de los doblones. Mantengámoslo en secreto.

—¿Por qué? —preguntó Bob—. Tendremos que explicar qué hacíamos aquí.

—Entonces todo el que tenga equipo de buceo vendrá a explorar la cueva —protestó Chris—. No tendremos oportunidad de regresar en busca de más.

—En cuanto a mí se refiere —dijo Bob—, no pienso volver a esta cueva. No me importa el tesoro que guarda. ¡Que se lo lleve otro!

—Lo mismo digo —afirmó Pete—. Empero, creo que hemos recogido todo el que había. Seguro que estos doblones fueron traídos aquí por la marea.

—¿Y si hay más? —preguntó Chris—. Es mi gran oportunidad de hallar un tesoro y llevar a mi padre a Grecia otra vez. Lo que tenemos, cuarenta o cincuenta doblones, no basta… si lo repartimos.

—Bueno —dijo Bob—. Trataremos de guardar el secreto. Podemos intentarlo, por ti. Tienes razón en cuanto a que la gente vendrá en seguida a explorar la cueva.

—¡Pete Crenshaw no estará entre ellos! —aseguró éste, en tono firmísimo—. Ahora bien, si tú, Chris, quieres volver, diremos que hallamos los doblones en el agua. Eso basta.

—Quiero guardar los doblones en secreto, si puedo —habló Chris, apretando el saquito de monedas—. No temo regresar. El modo como fuimos cogidos no sucederá más en un millón de años.

—¡Una vez bastará si Jeff Morton no se da prisa! —gimió Pete —. ¡Caracoles! ¿Habrá ido en busca del guardacostas?

—Necesitará ayuda para desobstruir la boca de la cueva —explicó Bob—. Él solo no podría hacerlo.

—En tal caso no regresará antes de un par de horas —exclamó Pete, apretando las algas marinas cuando una embestida del agua casi lo arrancó de su asidero—. ¡La cueva se habrá llenado para entonces!

—Jupe discurrirá alguna solución —aventuró esperanzado Bob —. Seguro que Jupe no perderá tiempo.

—Ojalá tengas razón —deseó Chris, en voz muy baja—. Pero ciertamente, tardan demasiado.

En realidad no habían transcurrido más de quince minutos desde que Jeff Morton y Jupiter abandonasen el agujero de arriba. Ambos se precipitaron a la motora, que les llevó al lugar deseado. Jupiter atendía los mandos, mientras Jeff se acoplaba sin demora su equipo.

—¡Locos! —murmuró, al mismo tiempo que se ajustaba el

cinturón con los pesos para facilitar la inmersión—. ¿Cómo demonios pudieron meterse en tal embrollo?

Jeff revisó por última vez su equipo, ya parte integrante de su cuerpo, y dijo a Jupiter:

—Mantén la embarcación aquí mismo. Bajaré a estudiar el terreno. Espero que podré quitar la embarcación. Esto nos ahorraría tener que ir en busca del guardacostas.

Luego de colocarse las gafas cogió una linterna y se zambulló en el agua.

Jupiter contempló en silencio las embarcaciones que navegaban hacia Fishingport, en el extremo sur de la bahía. Ninguna pareció ver la motora. Los minutos pasaban demasiado lentos en la espera de que Jeff volviera a la superficie. En su imaginación había transcurrido una hora cuando miró su reloj de pulsera. Suspiró profundo al comprobar que sólo eran cinco minutos. Después de otros cinco más, emergió la cabeza de Jeff Morton, que subió a bordo, entristecido y preocupado.

—La barca está encajada en la entrada de la cueva, como un tapón en una botella. Hice un gran esfuerzo y no pude sacarla. Es trabajo para el guardacostas. Se necesitan buzos provistos de palancas para romper la barca o arrancarla de allí.

Jupiter se alarmó.

—¿No perderemos demasiado tiempo? Para eso emplearíamos un par de horas.

Jeff asintió.

—Desde luego. Comprendo tu inquietud. La cueva estará llena de agua para entonces. ¡No se me ocurre nada! Si aquel agujero fuera lo suficientemente grande, podríamos bajar una cuerda y subirlos. Empero no lo es.

Jupiter se presionaba el labio inferior, como si esto lo ayudase a pensar. Al fin tuvo una idea.

—¡Señor Morton! —exclamó—. ¡Quizá podamos soltar la barca!

—¿Soltarla? —Jeff frunció el ceño—. ¿Cómo?

—¡Nuestra barcaza! —explicó Jupiter—. Su motor desarrolla gran fuerza y disponemos de un ancla y mucha cuerda. Podemos enganchar la barca, y hacer que el motor funcione a su máxima potencia.

—¡Adelante! —exclamó Jeff—. ¡Por todas las brujas del mundo,

que la idea es buena! ¡Démonos prisa!

Jeff multiplicó su actividad. Desató el ancla sujeta a la proa y anudó la cuerda en una anilla de popa. Luego echó el ancla por la borda, y largó toda la cuerda.

—Muy bien —dijo—. Treinta y cinco metros de cuerda bastarán. Ahora trabaré el ancla en la barca. Cuando tire de la cuerda tres veces pon en marcha la nuestra, pero lentamente, hasta que tenses la cuerdas. Luego, progresivamente, aumenta la fuerza. Yo me quedaré abajo para ayudar a desprender la barca.

»Cuando adviertas que después de la primera tensión cede la resistencia, será que está fuera. Entonces para unos metros más allá, sueltas el ancla, y te sitúas de nuevo en el mismo sitio.

»Si notas un tirón y una sacudida, es que el ancla se ha soltado. En tal caso para el motor y espérame. Mientras tanto, reza para que tu idea resulte a la primera.

Jeff saltó por la borda y desapareció en las profundidades. Jupiter esperó con el corazón oprimido de ansiedad. Mantenía la cuerda en la mano. El primer tirón le dijo que Jeff había cogido el ancla y la trasladaba hasta la cueva. Dos minutos después, percibió tres tirones seguidos. ¡Era la señal de que todo estaba listo!

Jupiter puso en marcha el motor y la embarcación se deslizó suave hasta que la cuerda formó una línea recta desde la popa al agua. Entonces aceleró.

El motor empezó a rugir. La hélice despedía torbellinos de agua y espuma, la barcaza no se movía. Jupiter, con el corazón en la garganta, dio toda la potencia.

Lenta, muy lentamente, la barca empezó a moverse. Lo hacía dificultosamente, como si tirase de una ballena. ¡Pero ganaba distancia! El peso muerto que arrastraba por el fondo, dificultaba su avance. ¡Empero se movía! ¡Cinco, diez, quince, veinte metros!

Jupiter hubiera gritado de entusiasmo de no hallarse inmerso en su tarea. Paró el motor, y con su navaja suiza cortó la cuerda del ancla, que se perdió en el agua. Luego dio marcha atrás, y volvió a su sitio.

¿Qué sucedería entretanto allá en el fondo? Con la entrada de la cueva libre, Jeff se introdujo en ella y no tardó en hallar a los muchachos. Luego de concretas instrucciones para alcanzar la superficie, empezó la evacuación.

Una cabeza asomó en el agua detrás de la barca. Chris Markos se quitó de un tirón sus gafas y respiró a pleno pulmón. Luego se cogió a un borde de la motora y arrojó dentro algo pesado, que vino a caer a los pies de Jupiter. Produjo un sonido metálico.

—¡Ocúltalo Jupe! —jadeó Chris—. ¡Hallamos un tesoro! Lo mantendremos en secreto, de momento. Después te lo contaremos.

Jupiter ocultó el mojado saco y sentóse encima.

—¡Chico! —exclamó Chris, ya en la embarcación—. Llegamos a temer que no pudieras rescatarnos a tiempo. Bob y Pete subirán en cualquier momento.

Bob fue el segundo en aparecer, seguido de Pete.

—¡Caramba, qué grata resultó tu voz allá abajo! —reconoció Pete, una vez a bordo—. Bueno, y la de Jeff Morton.

—Parece muy enfadado con nosotros —dijo Bob—. Creo que tiene razón.

—Mi padre no se mostrará menos enfadado —aseguró Pete—. De todos modos, hallamos parte del tesoro. ¿Te lo dijo Chris?

—Estoy sentado encima de él. Ya me lo contaréis luego.

—Nos espera una buena reprimenda —se dolió Bob, quitándose el equipo—. En realidad no fue culpa nuestra. Alguien nos hundió la barca de Chris y…

—Llega Jeff Morton —interrumpió Jupiter—. Querrá saber qué sucedió.

Jeff apareció en la popa. En la mano traía el extremo cortado de la cuerda del ancla. Jupiter la anudó de nuevo a la anilla. Jeff subió a bordo, se quitó el equipo y miró severo a los silenciosos náufragos.



—Bien —dijo al fin—. Celebro que estéis a salvo. Pero eso no altera el hecho de que actuarais temerariamente, y que os pusierais en grave peligro.

—Pero… —Bob no continuó.

Si pudiera explicar exactamente lo sucedido, Jeff Morton comprendería que no hubo más peligro que originado por la corriente al encallar la barca en la entrada.

Jeff alzó la mano.

—Vuestras explicaciones no me convencerán. Los hechos hablan por sí solos. Tan pronto informe a Harry Norris y al señor Crenshaw, seguro que estarán de acuerdo conmigo en que no podéis bucear más.

»Fue una idea tonta. El agua de la bahía no es muy clara para tomar fotografías submarinas. Harry Norris está de acuerdo conmigo y el señor Denton lo estará cuando vuelva. Espero que el propósito de haceros aparecer buceando en busca de un tesoro haya finalizado.

Se detuvo a respirar. Sin duda alguna, tenía más qué decir, pues miró a Chris.

—Bien, no todo son malas noticias. Al menos, una causa de nuestros problemas ha terminado. Hemos descubierto quien estropea nuestro equipo, robaba cosas, y nos producía dolores de cabeza. Anoche entraron en el remolque por una pequeña ventana, demasiado pequeña para alguien que no sea un niño.

»El ladrón se llevó dos lentes que valen mil dólares. Cuando descubrí su falta hallé algo más. Algo que delata al ladrón.

Sus ojos taladraron los de Chris.

¿Qué habría descubierto Jeff Morton?

—Hallé tu cuchillo, en el mismo sitio donde lo perdiste al robar las lentes. Nadie más que tú pudo deslizarse por la ventana.

Chris iba a protestar, pero Jeff Morton se lo impidió.

—Ya he informado al jefe de policía, el señor Nostigon —continuó Jeff—. Tan pronto lleguemos a Fishingport, te llevaré personalmente a la comisaría. ¡Nada ni nadie te librará de ir a la cárcel!

# Capítulo 16

# Jupiter resuelve un misterio

—¡Amigos, estamos en la perrera! —suspiró Bob.

—Nosotros en la perrera, y Chris en la cárcel —respondió Pete —. No creo que robase las lentes de la cámara. ¿Qué piensas tú, Jupe?

Éste no contestó. Se hallaba sentado en el sofá de la salita de la señora Barton. Su mente parecía vagar muy lejos. Era media tarde y fuera llovía a cántaros. El señor Crenshaw había ordenado a los muchachos que no abandonasen la casa, después de una severa reprimenda por la «irresponsabilidad» de la noche anterior.

—Jupe —insistió Pete—, acabo de afirmar que Chris no robó las lentes. ¿Cuál es tu opinión?

Después de toser, pues el resfriado aún le persistía, respondió el primer investigador.

—Desde luego que no. Cualquier chico sabe cuando otro de su edad es un granuja, y Chris no lo es. Por desgracia para él las apariencias están en su contra. El hallazgo de su cuchillo donde se cometió el robo es una evidencia.

—Hace dos días lo perdió —señaló Bob—. Eso dijo.

—Pero los hombres no le creerán —afirmó Jupiter, volviendo a toser—. ¡Ellos prefieren aferrarse a la idea de que los problemas en la isla del Esqueleto han terminado! Chris seguirá siendo culpable. Los mayores suelen comportarse de ese modo.

—Bueno, y a todo eso ¿cuál es el misterio? —Gruñó Bob—. Somos investigadores y debiéramos intervenir.

—El misterio es que alguien prefiere mantener a todo el mundo alejado de la isla del Esqueleto —afirmó Jupe—. Saqué esta

conclusión ayer. Ahora yo pregunto, ¿por qué?

La señora Barton cruzó la salita hacia la puerta de la calle, pues sonaba el timbre. Jupiter cesó de hablar. El señor Nostigon entró en la casa. Su impermeable chorreaba agua.

—¡Hola, chicos! —saludó—. Señora Barton, me gustaría hablar con los muchachos, si no le importa.

—Por supuesto que no, señor Nostigon.

La mujer regresó a la cocina y el jefe de policía colgó su impermeable y tomó asiento. Sin aparente prisa, encendió un cigarrillo.

—Muchachos, vengo a deciros que las cosas adquieren un feo cariz para vuestro amigo Chris. Hemos practicado un registro y hallamos las lentes robadas en un pequeño cobertizo exterior de la cabaña donde vive con su padre.

—¡Chris no es un ladrón! —saltó impulsivo el tercer investigador—. Nosotros sabemos que es incapaz de robar nada.

—Tal vez no —convino el señor Nostigon—. Pero toda la evidencia disponible le acusa. Todo el mundo sabe que su obsesión es conseguir dinero para llevarse a su padre a Grecia.

—Para eso ya no tiene que robar —exclamó Pete—. No sólo ha conseguido el dinero que necesita, sino que además puede obtener mucho más.

El jefe de policía les miró sorprendido.

—Vaya, eso es muy interesante —dijo—. Tiene dinero y puede encontrar más. ¿Podéis explicarme eso?

Pete comprendió demasiado tarde que había revelado el secreto de los doblones. Pero no contestó a la pregunta del señor Nostigon.

—Muchachos —siguió éste—. Me agrada Chris y quiero ayudarle. Ahora bien, nadie me ha contado qué sucedió exactamente ayer. Sólo sé que estuvisteis inmersos en un gran peligro, hasta que os rescataron, aunque bien pensado, me imagino por qué guardáis el secreto. Si hallasteis algún tesoro y se divulga la noticia, la isla del Esqueleto se verá invadida por aventureros, en un santiamén. Aun así, entiendo que deberíais contarme toda la odisea. Mi propósito es ayudar a Chris. Bien, haceros a la idea y empezad.

Luego de breve duda, Jupiter se decidió.

—Conforme, señor —dijo—. Pete, ve en busca del saquito de lona.

Pete subió al dormitorio. Momentos después regresaba con la bolsa de Chris, que vació encima del sofá. Tras su blando sonido metálico, cuarenta o cincuenta doblones quedaron expuestos ante el jefe de policía, cuyas pupilas se dilataron.

—¡Por Jeremías! —exclamó—. ¡Eso pertenece al tesoro de los piratas! ¿Y fue Chris quien lo halló?

—Chris, Bob y Pete —aclaró Jupiter—, en la cueva subterránea bajo la isla de la Mano. Chris quiere volver en busca de más. Por eso guarda el secreto.

—¡Hum! —El señor Nostigon se acarició la barbilla—. Bueno, podéis contar conmigo; no lo divulgaré.

—¿Comprende usted ahora por qué Chris no necesita robar? —preguntó Bob—. Tiene dinero y sabe dónde encontrar más.

—Muchachos —respondió el jefe de policía—. Temo que eso no prueba nada. Esos doblones fueron encontrados *después* que robasen las lentes de la cámara. Luego Chris no sabía entonces que hallaría el dinero. Por lo tanto, esta nueva circunstancia no anula que sea un sospechoso.

Era cierto. Bob se estremeció ante la meridiana claridad de los hechos. Pete hundió las manos en sus bolsillos. Jupiter sonóse la nariz después de toser. Al fin dijo:

—Discúlpeme, señor Nostigon. Según el señor Crenshaw, el señor Norris y Jeff Morton, el secreto de la isla del Esqueleto está resuelto. Para ellos, Chris era la causa. Sin embargo, yo pienso que están equivocados. Como también intuyo que algo desconocido sucede tras todo esto. Si le parece, estudiemos los hechos desde el principio. Empecemos con…

Entró la señora Barton.

—La cena, muchachos. ¡Oh, perdón! Creí que ya habían terminado. Continúe, señor Nostigon; no hay prisa.

Ya se retiraba cuando vio el montón de monedas de oro sobre el sofá. Sus ojos se agrandaron y luego salió de la estancia como perseguida por una colmena de abejas. Se precipitó al teléfono, y habló en excitado susurro.

—¡Cielos, Ella Mary! ¿Sabes una cosa? Es cierto que los chicos que están en mi casa vinieron a buscar el tesoro. Acabo de ver un gran montón de piezas de oro que encontraron. Seguro que las hallaron en la isla del Esqueleto. ¡Cielos, no sé cuánto hay, pero es

mucho! Claro que sólo se tratará de una parte del tesoro. ¡Debe de haber muchas más monedas!

Colgó y marcó otro número.

Ignorantes de que la noticia recorría la ciudad, los muchachos continuaron su conversación con el señor Nostigon.

Jupiter hizo una amplia y minuciosa exposición de los hechos conocidos: el temor de la gente al fantasma, que la mantuvo alejada de la isla del Esqueleto durante años; los problemas de la compañía cinematográfica desde su instalación en la isla; cómo ellos mismos fueron abandonados en la isla La Mano el día de su llegada, y, finalmente, la amenaza que el día anterior le hiciera el hombre alto y delgado, con una sirena tatuada en el dorso de una mano. El jefe de policía se frotó la barbilla.

—Pudo ser Bill Ballinger. Todo eso resulta muy raro. Sigue, muchacho.

Jupiter contó que la barca de Chris había sido embestida con el decidido propósito de hundirla.

—Señor Nostigon, ¿no le parece claro el propósito? Porque hay un propósito. Por ejemplo; mantener a la gente alejada de la isla del Esqueleto. Primero el fantasma asusta a los de aquí, y luego trataron de perjudicar a la compañía de cine, para que se alejasen.

»Tan pronto se enteran de nuestra próxima llegada a la ciudad, y creyéndonos mucho más importantes de lo que somos, hacen que Sam Robinson nos abandone en La Mano.

»Luego me dicen que no somos gratos aquí, y que debemos regresar a Hollywood. Mientras tanto, hundían la barca de Chris, para que dejara de navegar por la bahía. Y por si no era suficiente, roban las lentes de la cámara y dejan el cuchillo de Chris como pista falsa.

El señor Nostigon se quedó pensativo un momento. Luego dijo:

—Bien, esa teoría no es descabellada. Tendré que reconsiderar los hechos. Bueno, yo dejaría en libertad a Chris, puesto que el doctor Wilbur paga la fianza, pero el juez Harvey tiene que firmar los papeles y está ausente. ¡Imposible hacer nada hasta que regrese! No obstante, procuraré que salga cuanto antes mejor.

Luego de despedirse de los muchachos, se marchó. Pete guardó los doblones en la bolsa y subió al dormitorio para ocultarla en el colchón.

Cuando bajó de nuevo, la cena estaba en la mesa. La señora Barton servía con una extraña sonrisa de suficiencia. Llegado el postre, no pudo aguantarse más.

—No seáis traviesos, y decidme que estuvisteis en la isla del Esqueleto en busca del tesoro.

Los muchachos alzaron la cabeza, sorprendidos.

—Pues no, señora Barton, yo… —empezó Jupiter.

—¡Lo vi! —contó ella—. Vi un gran montón de piezas de oro que mostrabais al jefe de policía. Lo vi cuando entré en la habitación. Estaba en el diván. ¡Qué excitante!

Los Tres Investigadores se miraron desolados.

—¿Lo dijo a alguien, señora Barton? —preguntó Jupiter.

—Sólo a mis tres mejores amigas. No pude evitarlo. ¡Era tan maravilloso el tesoro! ¿Cuánto vale?

—No tanto como usted se imagina, señora Barton —respondió Jupiter—. Y no fue encontrado en la isla del Esqueleto.

—No me engañes, jovencito —alzó un dedo—. Mañana tendréis compañía en la isla. Serán muchas las personas que vengan hasta allí en busca del tesoro. Oh, yo también iría si fuera más joven y ágil. La verdad es que los nativos se sienten molestos de que los forasteros hayáis encontrado el tesoro en la isla del Esqueleto, cuando ellos son pobres y lo necesitan mucho más que vosotros.

Amontonó los platos antes de continuar:

—No debiera de hablar tanto. ¡Parezco un gramófono cuando empiezo!

Se fue a la cocina dejando a los muchachos muy abatidos.

—¡Estamos listos! —exclamó Pete—. La mitad de los habitantes de Fishingport irá a la isla del Esqueleto mañana. Ahora sí que no podrá rodarse la película. Y eso por culpa nuestra.

—Así lo temo —corroboró el tercer investigador—. Tu padre no tardará en venir a vernos. Pete, ¿qué le diremos?

—La verdad. ¿No te parece, Jupiter?

—Desde luego. Sin embargo, se me ocurre una idea. ¡Dejadme pensar!

Y se entregó a sus meditaciones mientras Pete y Bob repasaban unas revistas.

El señor Crenshaw y Harry Norris no se hicieron esperar. Dijeron que Roger Denton regresaría a la mañana siguiente, y que la

filmación empezaría al cabo de un día o dos en la isla. No obstante, habían decidido no filmar la escena de los chicos en busca del tesoro. De hecho, lo ocurrido en la cueva submarina era sólo un motivo, pues además concurrían la escasa transparencia del agua y que Jupiter estuviese resfriado.

Normalmente los chicos se hubieran sentido muy desilusionados, pero en sus mentes había demasiadas preocupaciones para lamentarse de semejante decisión. Contaron al señor Crenshaw y al señor Norris lo sucedido, y los dos hombres profirieron exclamaciones de desaliento.

—¡Eso lo arruina todo! —gritó el señor Crenshaw—. Los cazadores de tesoros invadirán la isla. Resultará imposible convencer a nadie que no hemos venido en busca del oro pirata.

—¡Tengo una idea! —exclamó Jupiter—. Creo que podemos salvar la situación. ¿Por qué no filmar la escena de esa gente cuando desembarque en la isla y corra en busca del tesoro? Sería un buen motivo que encajaría en el título «Fiebre del Tesoro». Nunca hubieran logrado contratar a tanta gente, que, sin embargo, vendrá por su propia voluntad. Eso facilitará el rodaje de una buena película.

Harry Norris se quedó pensativo. Luego dijo:

—No está mal la idea. Seguro que es un desastre, pero quizá podamos volverlo a nuestro favor. Supongamos que alguien es sorprendido en el acto de hallar un tesoro. La noticia corre como la pólvora y todo el mundo se embarcará deseoso de su oportunidad. Nosotros fotografiamos la escena mientras cavan, y… —Se volvió al padre de Pete—. Creo que podemos explotarlo. Ahora nos toca organizar la caza del tesoro. Estudiaremos tu idea.

Harry Norris expuso un plan para tener las excavaciones bajo control.

—En vez de mantener a la gente alejada de la isla, procuraremos que vengan a cavar en busca del tesoro en la isla del Esqueleto, mañana. Nosotros negaremos que haya ningún tesoro, pero les daremos la bienvenida, y que busquen. Luego ofreceremos un premio de quinientos dólares a la mayor extracción. Eso les convencerá de nuestra incredulidad.

»Las bases impondrán la condición de que deben registrarse en el concurso para optar al premio, y que no perjudicarán el tiovivo y

las montañas rusas. Por la noche habrá una pequeña fiesta para todos y se hará entrega del premio. Mientras tanto filmaremos escenas de los alocados excavadores para un corto asunto denominado “Fiebre del Tesoro”, como sugirió Jupiter. Después, la gente se habrá convencido de que no hay tesoro y nos dejarán solos y podremos acabar las escenas de “Persígueme más de prisa” sin ser molestados.

—Creo que no dará resultado —objetó el señor Crenshaw—. Telefonearemos desde el hotel al señor Denton, en Filadelfia. En cuanto a vosotros —se volvió a los Tres Investigadores— estaos quietos y acostaros temprano. Mañana podréis venir a la isla a divertiros. Pero de momento no creadme nuevos problemas.

—Pero papá, Chris… —empezó Pete.

—A ese chico unos días de encierro le servirán de lección —replicó su padre—. Vamos, Norris.

Se fueron los dos hombres y los muchachos volvieron a sumirse en la impotencia.

—Supuse que los persuadiría en cuanto a que Chris no ha hecho nada —dijo Pete—, y ni me escucharon.

—Los adultos desoyen a los chicos cuando tienen formada opinión propia —observó Bob—. De todos modos, Jupe, salvaste el día con tu sugerencia de filmar un tema corto relacionado con los buscadores de tesoros.

Jupiter no contestó. Una vez más se había entregado a considerar mentalmente los hechos ocurridos.

—No exageres, Jupe —aconsejó Pete—. Con tanto pensar tus sesos quedarán licuados.

Jupiter tosió, antes de que en sus ojos apareciese una mirada de satisfacción, que también tuvo reflejos en su semblante.

—¿Qué pasa, Jupe? —preguntó Bob, alertado—. ¿Se te ha ocurrido algo?

—Creo saber por qué vosotros encontrasteis doblones en la cueva de La Mano.

—¿Sí? —preguntó Pete—. ¿Por qué? ¡Explícate con frases al alcance de mis entendederas! No es momento para lucimientos retóricos.

—Bob, repasemos tus notas —propuso Jupiter—. Quiero leer la parte que narra el último enfrentamiento del capitán Una Oreja con

los británicos.

Subieron al dormitorio, y Bob halló rápidamente el pasaje que les interesaba. Leyó que el pirata había sido sorprendido por las tropas británicas durante la noche, y huido con sus cofres repletos de tesoros. Al comprender que le darían alcance desembarcó en La Mano, amparándose en la oscuridad para eludir a sus perseguidores. No obstante, en el nuevo día, fue rodeado y capturado.

Empero los británicos hallaron los cofres vacíos y supusieron que habían sido vaciados por la borda para evitar que ellos se apoderasen del tesoro.

Una Oreja se negó a decir donde había vaciado los cofres, si bien manifestó: «Davy Jones tiene los doblones en su puño, y nadie volverá a verlos hasta que él decida soltarlos».

—¿Y bien? —preguntó Bob.

—¿No lo adivinas? —replicó Jupiter—. Si los hubiera echado por la borda, habría dicho que estaban en el armario de Davy Jones. Pero dijo «puño». Y bien, ¿qué empleas tú para coger las cosas?

—La mano, naturalmente —dijo Bob excitado—. Caramba, Jupe, ¿quieres decir que…?

El primer investigador asintió.

—Es la única respuesta posible. Una Oreja, tan pronto supo que no escaparía, vació su tesoro por el agujero del chorro. Luego fastidió a los británicos diciéndoles que estaba en el puño de Davy Jones. Y aunque sus aprehensores lograsen entender que se refería a las entrañas de La Mano, nunca hubieran logrado sacarlo de allí. Esa es la razón de que haya seguido oculto durante todos estos años.

—¡Entonces tiene que haber mucho más! —exclamó Pete—. Chris estaba en lo cierto. Quizá la cueva guarde una fortuna.

—No lo creo —negó Jupiter—. Pensad en que fueron monedas sueltas las que echó por el agujero. Tres centurias de mareas y olas han tenido tiempo de enterrarlas muy hondo o arrastrarlas a la bahía. Casi apostaría que vosotros lograsteis sacar lo que el océano dejó de muestra.

Pete suspiró.

—¡Eres siempre tan lógico! Espero, aun cuando tengas razón, que Chris halle suficientes para llevarse a su padre a Grecia.

El nombre de Chris les recordó su situación y volvieron a

entristecerse. Empero nada podían hacer y se acostaron.

Pete y Bob se durmieron en seguida. No así Jupiter, que fue incapaz de conciliar el sueño. Su mente era un molino movido por un huracán. Aún quedaba otro misterio, si bien creía conocer todos los detalles. En realidad, aquel rompecabezas esperaba que alguien ordenase todas sus piezas.

Repasó cómo el capitán Una Oreja engañó a los ingleses: echaron su tesoro por el agujero. De repente, el recuerdo de un retazo de conversación olvidada le dio la clave.

—¡Eso es! —gritó sentándose en la cama—. ¡Diez años! ¡Eso es lo que sucedió! ¡Tiene que ser así! ¡Bob, Pete, despertad!

Los otros bostezaron soñolientos.

—¿Qué pasa, Jupe? —inquirió Pete—. ¿Tienes pesadillas?

—No —respondió excitado—. Vestíos, pues habéis de remar ahora mismo hasta la isla del Esqueleto. ¡Acabo de descubrir el secreto de la isla!

Rápidamente explicó sus deducciones. Sus ayudantes quedaron con las bocas abiertas. Al fin Pete exclamó:

—¡Jupe, eres un genio! Seguro que estás en lo cierto.

—Me avergüenzo de haber necesitado tanto tiempo —dijo Jupiter—. De todos modos, estoy seguro de que ahora sabemos la respuesta. Iréis a la isla a comprobar mis deducciones. Luego despertaréis a tu padre, Pete, y a los otros. Mostradle lo hallado, y que ellos se hagan cargo de la situación.

Jupiter miró desconsolado a sus amigos y añadió:

—Me gustaría ir con vosotros. Pero me duele todo el cuerpo.

—Ya has hecho bastante, Jupe —admitió Bob—. Tus deducciones nos sacarán de la perrera. Será agradable sentirse héroe, si bien preferiría despertar a los hombres y que nos ayuden.

—No, Bob —se opuso Jupiter—. Podría estar equivocado, y se enfadarían mucho con nosotros por haberlos despertado. Si no estoy en lo cierto, regresad y nadie se habrá enterado.

—Conforme —aceptó Pete—. Aunque me gustaría contárselo a mi padre. En fin, lo haremos a tu modo.

En cinco minutos se vistieron, y provistos de linternas, bajaron de puntillas las escaleras y salieron de la casa.

Jupe se tendió en el lecho sintiéndose muy mal. ¿Por qué tenía que haberse resfriado? Semejante contrariedad era irremediable, y,

además, no había ningún peligro para sus amigos.

# Capítulo 17

# Bob y Pete en apuros

Pete frenó con los remos el pequeño bote, que por suerte habían encontrado amarrado en el malecón de la compañía de cine. A la mortecina luz de las estrellas, bogaron hasta la isla del Esqueleto.

—Ahí está —susurró Bob, cuando la isla se les apareció como una mancha negra.

El segundo investigador tenía muy desarrollado el instinto de orientación. De nuevo remó hacia la pequeña bahía cerca del parque de atracciones. La tierra creció a ambos lados de ellos, y la proa del bote no tardó en tocar la arena de la playa. Bob saltó fuera y se arrastró.

—Bien, ahora hemos de cruzar el parque de atracciones —dijo Pete en voz baja—, y hallar el camino hasta la cueva. Ojalá Jupe no nos hubiera prohibido despertar a mi padre.

—Opino como tú —convino Bob—. Agradecería cualquier compañía. ¿Encontraremos el camino en la oscuridad, Pete?

—Por supuesto —afirmó el segundo investigador.

Empero, vaciló un momento al tratar de orientarse en la oscuridad. El silencio era absoluto excepto el ruido del agua sobre la arena de la playa.

Pete inició la marcha, alumbrándose con la linterna. Segundos después se hallaban en el interior de las fantasmales ruinas del parque de atracciones. Las montañas rusas semejaban un enorme esqueleto en actitud de alcanzar el firmamento. Pete las usó como punto de referencia, pasó por delante del tiovivo y se detuvo en la valla posterior del parque.

—¡No puedo! —se quejó en voz baja—. Tendré que despertar a

papá. No porque esté nervioso, aunque lo estoy, sino porque debe saber lo que pensamos hacer. Además, nos ordenó quedarnos en casa de la señora Barton y… y, bueno, creo será mejor decírselo.

—Conforme —susurró Bob—. Hagámoslo. Yo también me sentiré más tranquilo.

Se giraron para retroceder, pero algo los clavó en el suelo. Sus corazones latieron con la fuerza del terror. ¡Había un hombre detrás de ellos! Era corpulento. De repente, el poderoso foco de luz de su linterna los cegó. El desconocido gruñó más que dijo:

—¡Quietos, u os dejo tiesos!



Una corriente fría besó las epidermis de Pete y Bob. Luego oyeron que el hombre exclamaba sorprendido.

—¡Truenos! ¡Si son Bob y Pete! ¿Qué pretendéis hacer en la isla, viniendo a hurtadillas?

La luz dejó de cegarlos y su foco iluminó el suelo. Entonces lo vieron aunque ya habían reconocido su voz. Era Tom Farraday, el guardián.

—Os habéis expuesto a sufrir un percance —gruñó Farraday—. Al veros creí que os disponíais a dañar las atracciones que hemos arreglado hoy. ¡Vamos, dadme una explicación!

—Jupiter cree haber descubierto el secreto de la isla —habló Bob—. Vinimos a comprobar si está en lo cierto.

—¿El secreto de la isla? —Tom Farraday pareció extrañado—. ¿A qué os referís?

—Pensamos que hay un tesoro escondido en ella —siguió Pete —. Por lo menos Jupe está seguro de que lo hay.

—¿Un tesoro? —El guarda, evidentemente, no los creía—. ¿Qué tesoro?

—Bueno, verá… —empero Pete.

Bob lo interrumpió.

—Usted ayudó a Jupiter, al facilitarle una pista.

—¡Eh, un momento! —dijo el guarda—. Ignoro de qué habláis.

Bob siguió imperturbable.

—La otra mañana nos contó cómo los hermanos Ballinger atracaron un coche blindado hace diez años, robaron cien mil dólares y le lisiaron el brazo.

—¿Y bien?

—Bueno —intervino Pete—, también nos dijo que los Ballinger fueron capturados por el guardacostas, desde el cual vieron que tiraban unos paquetes por encima de la borda. Todo el mundo creyó que se trataba del dinero robado.

—Eso creímos.

—Pues verá —siguió Bob—, hace diez años que alguien empezó a asustar a la gente para que se alejara de esta isla, con la historia del fantasma del tiovivo. Para Jupiter es mucha coincidencia que el atraco y la campaña para mantener alejada a la gente de esta isla se remonten a la misma época. Sin duda guardan alguna relación.

—Me intrigan vuestras palabras —admitió Farraday.

—¿Aún no lo comprende? —preguntó Pete—. Los hermanos Ballinger intentaron huir en una barca y se les averió el motor. Eso no impide que llegaran hasta aquí y ocultasen el dinero, luego pudieron embarcarse de nuevo para, si eran cogidos, que todos creyeran que el dinero se había hundido en la bahía. Así, cuando salieran de la cárcel, podrían recogerlo y marcharse muy tranquilos.

»Usted mismo nos informó de que habían salido de la cárcel hacía un par de semanas. Ahora bien, es evidente que aún no han venido por el dinero, temerosos de que los de la compañía cinematográfica puedan sorprenderlos.

—¡Lobeznos asustados! —exclamó Tom Farraday—. Del modo que lo decías parece verdad. Muy bien, admitamos que los Ballinger ocultaron el dinero en la isla. ¿Y dónde supone vuestro amigo que lo ocultó?

—En sitio alto y seco —dijo Bob—. Los sacos y el papel moneda en el suelo se pudrirían. El lugar idóneo en la isla es…

—¡La vieja cueva! —gritó Farraday—. Allí hay muchas grietas donde podrían ocultarse los sacos.

—Eso es lo que piensa Jupiter —concedió Pete—. Es el único lugar alto y lo bastante seco para mantener el dinero a buen recaudo y sin peligro.

Bob añadió:

—Sólo que mañana la gente asaltará esta isla en busca del tesoro. Y, como es natural, muchos explorarán la cueva.

Esa es la razón de que hayamos venido esta noche, a buscar el dinero oculto.

—Pardiez, creo que tenéis razón —exclamó Farraday—. Si resulta cierto, el dinero habrá estado oculto en la cueva durante diez años, sin que nadie lo imaginase hasta que vosotros llegasteis aquí. ¿Por qué no se me ocurrió a mi antes? Bien, sólo resta una cosa que hacer, vayamos a comprobar si el dinero está realmente allí.

—Antes llamaremos al señor Crenshaw —dijo Bob.

—No es preciso. Mañana tienen que madrugar, y es mejor que duerman ahora. Si encontramos el dinero, entonces lo despertaremos. Y si no aparece, nadie sabrá que habéis estado aquí.

—Bueno… —empezó Pete.

Tom Farraday ya se había girado.

—Seguidme. Sé el camino —dijo.

El hombre avanzó de prisa entre los árboles seguido de Bob y Pete. Había algo de macabro y fantasmal en el ambiente. A Bob le alegró la compañía de Tom Farraday. Sentíase más seguro al tener un hombre corpulento a su lado.

—¡*Oooooh*! —se quejó Bob.

Alguien salido de la sombra de un árbol, lo había agarrado. ¡Manos poderosas lo inmovilizaron!

—¡Señor Farraday, auxilio! —consiguió gritar.

Una mano áspera le tapó la boca. Entonces captó un rumor detrás de él como si fuera un gruñido de Pete. Luego, silencio. Pero Tom Farraday, delante de ellos, estaba libre y tenía un arma. Él…

Tom Farraday se volvió sin que pareciera sorprendido.

—Buen trabajo —dijo—. No tuvieron tiempo de gritar.

—Gracias a ti —dijo el que sujetaba a Bob—. Temí que hubiesen ido al campamento y despertado a la gente del cine. Eso hubiera estropeado nuestros planes.

—El caso es que no lo hicieron, Jim, y ahora los tenemos en nuestro poder —dijo el guarda, nervioso—. Así todo irá mejor.

—Lo dudo —respondió el más alto y delgado, que sujetaba a Pete—. Tendremos que desembarazamos de ellos. Solucionaremos eso más tarde. Primero hay que llevarse la motora y coger el dinero. Luego nos cuidaremos de estos mocosos.

—Como tú digas, Bill —aceptó Farraday—. Entonces, ¿es cierto lo que dijeron del dinero en la cueva?

—No te preocupes de asuntos que no son tuyos. Eso es cosa nuestra —respondió el que sujetaba a Bob.

—También es de mi incumbencia —protestó Farraday—. Un tercio del dinero es mío y he aguardado diez años. Tampoco olvido que estoy lisiado por tu culpa.

—¡Cállate! ¡Hablas demasiado! —exclamó Bill—. Sabremos valorar tu aportación. Ahora quítate la camisa y hazla tiras. Hemos de amordazar y atar a los chicos.

—Pero…

—¡Obedece!

—Bueno, bueno.

Tom Farraday se quitó la chaqueta, e hizo tiras de camisa. La mente aturdida de Bob empezó a funcionar otra vez. Bill y Jim eran

los hermanos Ballinger. Y resultaba evidente que Tom Farraday era cómplice de ellos. Debió ayudarles en el atraco hacía diez años. Su herida entonces fue intencionada para desviar las sospechas, pero le dieron demasiado fuerte, rompiéndole el hueso de la clavícula. Luego tuvo que esperar a que los dos hermanos salieran de la cárcel para recibir su parte.

Bob dejó de pensar al advertir que la mano opresora se retiraba de su boca. Quiso gritar, pero Farraday le introdujo una bola de trapo entre los dientes. Con una larga tira alrededor de la cabeza sujetaron el tapón, y la mordaza fue más que efectiva. Su aprehensor le tiró los brazos atrás y Farraday ligóle las muñecas, luego de que Pete sufriera la misma suerte, los hermanos Ballinger los agarraron por el cuello de sus chaquetas.

—Ahora chicos —dijo Bill—, en marcha delante nuestro. No intentéis ninguna treta, o lo sentiréis mucho, muchísimo.

Bob avanzó a tropiezos por el desigual camino. Pete seguía tras él. Ninguno de los dos supo cuánto tiempo caminaron en la oscuridad. Empero, después de larga pesadilla, llegaron a una playa de guijarros. Vieron una gran lancha motora.

—¡A bordo, renacuajos! —Gruñó Bill.

Sin mucho entusiasmo los dos amigos se acomodaron en un espacio abierto delante de la maquinaria.

—¡Tumbaos! —Gruñó Bill, que les ayudó de un empujón—. Jim, dame la caña de pescar. Quiero asegurarme de que no escaparán mientras estamos ocupados.

Segundos después Bob sintióse enrollado con hilo de pescar, como paquete bien hecho. Los dos hombres lo apartaron a un lado, e hicieron lo mismo con Pete.

Mientras trabajaban, los dos hermanos hablaban en voz baja. Parecían estar furiosos porque los chicos habían encontrado parte del tesoro dando ocasión a que se organizase para el día siguiente la gran búsqueda de los doblones de oro. Ellos habían planeado esperar el tiempo necesario para coger el dinero sin peligro alguno. Pero la perspectiva de ver la isla invadida por buscadores de tesoros, los decidió a una acción inmediata, pese a los riesgos.

—Bien —exclamó Bill Ballinger—. Estas dos anguilas no serán problema ahora. Vamos, Jim. Hay que recoger el dinero. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Los dos hombres saltaron a la playa. Jim Ballinger dijo en voz baja:

—Quédate aquí, Tom, y vigila la barca. Imita el grito de la lechuza en caso de peligro.

—¿Qué pensáis hacer con ellos? —preguntó Farraday—. Si hablan me veré comprometido.

La risa de Bill fue desagradable.

—No hablarán ni poco ni mucho. De eso ya nos cuidaremos nosotros. Cuando nos hayamos ido, hundes el bote que trajeron fuera de la bahía. Mañana aparecerán flotando y la gente creerá que naufragaron.

—Conforme, es la mejor solución —contestó Farraday.

Las pisadas de los hermanos Ballinger se debilitaron hasta dejar de oírse.

Tom Farraday murmuró:

—Ahora comprendo por qué sus amigos y parientes propagaron historias falsas del fantasma. Así nadie vendrá a husmear en la isla. ¡Si llego a sospecharlo, el dinero habría sido para mí solo!

Bob, junto a Pete, intentó hablar. Sólo consiguió emitir un sonido apagado. Sus dedos se esforzaron en alcanzar los nudos de sus muñecas, pero renunció.

# Capítulo 19

# Algo muy inesperado

Estaban en un verdadero aprieto, pensó malhumorado Bob. En el peor aprieto que jamás soñaran. Jupiter había acertado en cuanto a que el dinero del coche blindado se hallaba oculto en la isla del Esqueleto. Pero no adivinó que Tom Farraday era cómplice de los Ballinger, ni que éstos irían a la isla aquella noche, adelantándose a la estampida de buscadores de tesoros del día siguiente.

Bob no quiso pensar en lo que sucedería después. Escuchaba el rumor de las pequeñas olas al romper contra el casco de la embarcación, cuando una ola mayor los zarandeó. Entonces abrió los ojos y vio una figura oscura que subía a bordo por la popa.

El visitante se agachó de modo que Tom Farraday no le viera. Luego se arrastró con sumo cuidado hacia los chicos. Bob escuchó su respiración agitada.

—¡Eh! —susurró el desconocido—. No temáis. Soy Chris.

¡Chris!

¿Cómo podía estar allí Chris?

—Voy a desataros. Permaneced muy quietos.

Bob siguió con sus cinco sentidos el trabajo del griego, que deshizo la presa del cordel, y la mordaza. Pareció invertir horas en su lucha con los nudos de Bill Ballinger. Finalmente, Bob sintióse liberado y, cauteloso, estiró sus brazos y piernas.

—Chris… —empezó a decir.

—¡Chist! —ordenó el griego—. Deslízate hasta la popa y prepárate para un baño. Mientras liberaré a Pete.

Bob alcanzó la popa y se quitó los zapatos. Si tenía que nadar, prefería hacerlo sin pesos que tirasen de él hacia abajo.

Minutos después, sin apenas ruido, se le unieron Pete y Chris.

—¡Por encima de la popa! —susurró Chris—. ¡Sujetaos al timón!

Bob hubiera formulado un millón de preguntas. Empero su curiosidad tendría que aguardar. Se deslizó hasta el agua, seguido de Pete.

—¡Caramba! —dijo el segundo investigador—. ¿De dónde salió?

—No lo sé. Pero celebro de veras que haya venido —contestó Bob.

Chris se sumergió como un anguila en el agua oscura.

—Nademos —invitó—. Si lo hacéis de lado no salpicaréis agua. Seguidme.

Chris se alejó paralelo a la playa. Bob nadó tras él deseando haberse quitado los pantalones y chaqueta. Nadaron silenciosos, con la cabeza junto a la líquida superficie. Diez minutos después rodearon un pequeño entrante de tierra y quedaron fuera del campo visual de Tom Farraday.

Chris los condujo a tierra, junto a un lugar donde los árboles estaban cercanos al agua. Luego avanzó agachado hasta que pudo mirar entre dos rocas. Pete y Bob vieron muy tenuemente la barca a motor a unos cien metros de distancia.

—Ahora podemos hablar en voz baja —susurró Chris.

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntaron los dos chicos a la vez.

Chris se rió entre dientes y explicó que el jefe de policía había vuelto a la cárcel aquella tarde muy convencido de su inocencia. Luego vino el juez que firmó su libertad bajo fianza de cincuenta dólares, que el mismo Nostigon pagó. Éste dio a Chris una cena abundante, y lo dejó marcharse.

—Fui a casa —siguió Chris—, y encontré a mi padre bastante bien. Una vecina lo cuida. Pero empecé a pensar. ¿Cómo llegó mi cuchillo a la escena del robo? Alguien lo puso allí, después de que yo lo perdiera. Pero ¿dónde lo perdí? Supuse que delante de la cueva al gastaros aquella broma. En tal caso, fue Tom Farraday quien lo encontró. Y yo sé que este hombre es capaz de cualquier cosa.

»Entonces decidí vigilar a Tom Farraday. Alquilé el bote de un amigo de mi padre y remé después de anochecido hasta aquí.

Así fue como vio a Tom Farraday cuando iniciaba su ronda nocturna en la isla. También observó que se detenía donde estaba la

motora y hacía tres señales con su linterna. Los hermanos Ballinger desembarcaron después. Luego se oyó el ruido que Pete y Bob hacían al remar hasta la isla.

—No remas muy bien, Pete —se rió Chris—. Haces mucho ruido. Los Ballinger se ocultaron y Tom Farraday salió a vuestro encuentro y os llevó a una trampa. No supe qué hacer. Quizá debía encaminarme al campamento y avisar a los hombres, pero temí que no me creyesen. Ellos podían sospechar que vine a robar algo. Decidí que sería mejor vigilar y ayudaros en la primera oportunidad.

»Cuando os dejaron en la barca, los Ballinger se fueron a la cueva. Entonces me deslicé en el agua, y acudí a desataros. Ahora contemplaremos lo más divertido, que está por llegar.

—¡Eres grande, Chris! —dijo Pete—. Pero ¿a qué te refieres con eso de lo más divertido?

—¡Chist! ¡Los Ballinger regresan! ¡Mirad! —susurró el griego.

Vieron las oscuras formas de los dos hombres que se unían a Tom Farraday.

Cada uno de ellos llevaba dos grandes sacos sobre los hombros.

—¿Todo en orden? —preguntó Bill.

Su voz fue audible para los muchachos.

—Todo bien —contestó Farraday—. Ahora quiero mi parte.

—La tendrás cuando estemos listos —gruñó el otro—. Vamos, Bill, pon la pasta en la barca y en marcha.

Pasaron por delante del guarda y echaron los sacos dentro de la embarcación.

—¡Los muchachos! ¡No están! —gritó Bill—. ¡Tom los ha soltado!

—¡Yo no! —protestó enojado el guarda—. ¡No pueden haberse ido!

Su linterna iluminó la cubierta de la embarcación, mostrando la cuerda que ligara a los muchachos.

—¡No están! —exclamó aturdido—. ¡No puede ser! ¡No delante de mis propias narices!

—Se fueron y nosotros también —gruñó Jim Ballinger—. ¡Arriba, hermano!

—¿Y yo qué? —preguntó Farraday—. Llevo diez años aguardando mi parte del botín. ¡Diez años! Aunque me lo dierais

todo no compensaría el brazo que me estropeasteis. Y, además, si esos chicos hablan, yo iré a la cárcel.

—Eso es cosa tuya —replicó brutalmente Jim Ballinger—. Nos espera un carguero que se dirige a Sudamérica. ¡Empuja, Bill!

Bill empujó la embarcación y saltó a bordo. Su hermano presionó el botón de puesta en marcha, pero el motor no respondió. Volvió a probar, y obtuvo el mismo resultado.

—¡El motor! —exclamó Jim con una nota de temor en su voz—. ¡No se pone en marcha! ¿Qué le hiciste al motor, Farraday?

—Nada —contestó el guarda—. Pero celebro que se haya estropeado. ¡Lástima que no pueda poner mis manos encima de vosotros!

—Sigue probando —apremió el otro Ballinger—. Tenemos que partir. Tenemos que salir de aquí.

Los intentos fallaron una y otra vez.

Chris se rió.

—Quité los alambres de contacto. No irán a ninguna parte. Bien, busquemos a los hombres del campamento y que ellos se cuiden de estos individuos.

Pero antes de que los tres muchachos pudieran moverse oyeron motores que rugían en su avance hacia la isla. Dos embarcaciones navegaban rectas a ellos, con grandes reflectores que taladraban la oscuridad.

Los Ballinger actuaron con pasmosa velocidad. A fuerza de remos llevaron la barca a la playa, saltaron a tierra y huyeron hacia las piedras donde se ocultaban los tres amigos.

Chris se puso en pie.

—¡Hay que detenerlos! —gritó excitado—. ¡No deben escapar!

El griego tomó un trozo de rama desgajada y se ocultó detrás de una roca. Tan pronto apareció el primero de los delincuentes frente a él, lanzó su arma y Jim Ballinger rodó por la playa. Su hermano, que lo seguía, tropezó con él y su cuerpo besó la arena.



—¡Vosotros tenéis la culpa de que yo fuera a la cárcel! —gritó—. ¡Habéis propagado falsas historias sobre mí y la gente me cree un ladrón! ¡Ahora me las pagaréis todas!

Sus fuertes brazos sujetaron a Jim Ballinger, evitando que pudiera levantarse. Pero Bill lo apartó de su hermano y lo echó a un lado. En aquel preciso momento llegaban en su ayuda Bob y Pete, y los tres rodaron por el suelo.

Y ahí fue la hora en que entró en liza un tercer elemento. Tom Farraday cargó contra los dos Ballinger.

—¡Engañarme con mi parte, eh! —gritaba el guarda—. ¡Dejarme solo con la música!

Pese a su brazo imposibilitado, Farraday era tan fuerte como un toro. Los Ballinger no podían desprenderse de él. Los tres hombres rodaron por la playa y cayeron al agua. Después de unos momentos de loca lucha Farraday mantuvo sumergidas las cabezas de los Ballinger.

—¡Suéltelos! —rugió una voz—. ¡Los ahogará!

Los muchachos contemplaban tan ensimismados la lucha, que no advirtieron las dos barcas que llegaron a la playa a escasos metros de ellos. Varios hombres saltaron a la arena. El jefe de policía enfocaba una poderosa linterna hacia los tres hombres en el agua. En la otra mano sostenía un revólver.

—¡Suéltelos, Tom! ¿Me oye? —volvió a gritar.

Pero el guardián parecía decidido a ahogar a sus dos cómplices. Se necesitaron cuatro hombres para que soltara a Bill y Jim Ballinger, que fueron arrastrados fuera del agua, jadeando débilmente.

Una vez esposados los tres hombres, el señor Nostigon descubrió a Chris, Bob y Pete.

—Bueno, muchachos, compruebo que estáis bien. ¡Diablos Chris!, ¿cómo demonios llegaste aquí?

—Nos salvó y evitó que los Ballinger escaparan, jefe —explicó rápidamente Bob—. Pero ¡repámpanos! ¿Cómo vinieron ustedes? ¿Adivinaron que los Ballinger acudirían a recoger el dinero oculto?

—Me temo que no —explicó el señor Nostigon—. Nunca soñé que guardaran el producto de lo robado en la isla del Esqueleto. Podéis dar las gracias a vuestro amigo Jupiter Jones. Vino a la estación de policía hará cuarenta minutos con una increíble historia

de dinero oculto y que los Ballinger probablemente tratarían de apoderarse de él esta noche, por temor a que mañana fuese demasiado tarde.

»No sé por qué lo escuché, pero lo hice. Reuní unos cuantos hombres y nos embarcamos. ¡Y pardiez, estaba en lo cierto! —Miró hacia atrás y preguntó—: ¿Dónde estás, Jupiter? Aquí tienes a tus amigos, sanos y salvos.

El primer investigador saltó a la playa, junto a sus camaradas.

—Fui muy estúpido al mandaros aquí sin prever que los Ballinger vendrían esta noche por el dinero —dijo—. No se me ocurrió hasta media hora más tarde. Entonces avisé al señor Nostigon.

—Lo importante es que lo hiciste —exclamó con nobleza Pete—. Eso es lo que cuenta.

—Se te hubiera ocurrido antes de no estar resfriado —añadió Bob—. Los resfriados entorpecen los reflejos mentales.

—Yo… —empezó Jupiter—. Yo… ¡Atchisss!

—Hay bastante mérito para todos —afirmó el jefe de policía—. Entre los cuatro habéis solucionado el secreto de la isla del Esqueleto, recuperado el dinero y capturado a los criminales. No es mala noche de trabajo. Ahora dejar el resto a nosotros. Id a tierra firme y dormid, que buena falta os hace.

Jupiter volvió a estornudar estrepitosamente, como si estuviera de acuerdo con la orden del señor Nostigon.

# Capítulo 19

# Informe a Alfred Hitchcock

Alfred Hitchcock miró el reducido montón de doblones de oro sobre su escritorio.

—Veo que lo encontrasteis después de todo —se sonrió—. Sostuve que no había tesoro pirata y vosotros me traéis un resto.

—Sólo cuarenta y cinco doblones —puntualizó Jupiter—. No es un gran tesoro.

—Pero sí parte de un tesoro muy interesante —alabó el señor Hitchcock—. Ahora dime, Jupiter, ¿cómo dedujiste que el dinero robado estaba oculto en la isla del Esqueleto?

—Verá, señor. Parecía evidente que alguien deseaba mantener a todos alejados de la isla del Esqueleto, propagando noticias del fantasma. Luego, ese alguien temía que la gente descubriese algo. Y lo único de valor que se había mencionado era el botín del atraco a la *Dollar Delivery*.

»La historia de cómo los Ballinger tiraron por la borda el dinero robado, recordaba la treta del capitán Una Oreja para engañar a los británicos. Eso me hizo sospechar que los Ballinger habían ocultado el dinero, y logrado que la gente pensase que reposaba en el fondo de la bahía para siempre.

—Excelente razonamiento —reconoció el señor Hitchcock—. Y como es lógico, los Ballinger desde la cárcel, instruyeron a sus familiares y amigos para que siguieran extendiendo falsas historias acerca del fantasma.

—Sí, señor. Y Tom Farraday esperó a que soltaran a los Ballinger. Un tercio del botín era suyo. Los dos hermanos le prometieron darle su parte cuando fueran puestos en libertad. Sin

embargo, nunca supo dónde guardaban el dinero.

—De haberlo sabido se hubiera quedado con todo —exclamó el señor Hitchcock—. Cuando los Ballinger salieron de la cárcel debieron sentirse defraudados al ver la compañía de cine acampada en la isla.

—Así fue, señor —confirmó Jupiter—. Decidieron no ir en busca del dinero mientras hubiera gente en la isla. Por eso intentaron que la compañía se alejara, fastidiando con sus hurtos y sabotajes durante la noche. El señor Norris contrató a Farraday, que se encargó de realizar las fechorías, amparado en su condición de guarda.

—Incluido el asunto del cuchillo de Chris, que había de servir para inculpar al muchacho, ¿verdad? —añadió el director.

—Por supuesto, señor. También puso en marcha el tiovivo la noche de nuestra llegada para fortalecer la creencia general de que el fantasma había vuelto.

—Aclárame por qué Sam Robinson os dejó abandonados en la Mano. Todo hace suponer que trató de asustaros para que regresarais a vuestra casa.

—En eso me equivoqué, señor. Bill Ballinger supuso que la gente de la compañía nos buscaría, dejando abandonada la isla, excepto Farraday. En tal caso habrían aprovechado la oportunidad para llevarse el dinero oculto.

»Pero la tormenta evitó que desembarcasen en la isla. Por otra parte, Chris nos rescató y la partida de búsqueda volvió antes de que los Ballinger pudieran ejecutar sus planes.

—Comprendo —murmuró el director—. Y naturalmente, cuando se supo que cientos de personas convergerían en la isla, los Ballinger tuvieron que arriesgarse. Y de ahí que Pete y Bob fueran cogidos.

—Sí, señor. Lamento no haberlo previsto a tiempo. Cuando se me ocurrió la idea, Bob y Pete ya se habían marchado. Pero entonces avisé al jefe de policía.

—Parece que todo está aclarado —dijo el señor Hitchcock—. No obstante, tengo dos preguntas más. ¿Qué ocurrió con la película? ¿Qué ha sido del joven Chris y su padre?

—El filme pudo realizarse felizmente. El señor Crenshaw consiguió que las montañas rusas funcionaran en cuanto todos

supieron que el fantasma era una farsa. La escena final de «Persígueme más de prisa» resultó fascinante.

»El señor Denton filmó también un tema corto de la busca del tesoro. Empleó a Chris en vez de a nosotros, como un chico que bucea en busca de un tesoro para ayudar a su padre enfermo. La escena con la gente nativa tras el tesoro resultó muy cómica.

»Pero lo mejor fue que la empresa *Dollar Delivery* pagó una recompensa por la devolución del dinero. El jefe Nostigon y el señor Crenshaw decidieron que correspondía a Chris, porque fue quien salvó las vidas de Bob y Pete, y evitó que los Ballinger huyeran con el dinero. Con eso, y con lo ganado al trabajar para la compañía, tuvo suficiente para que su padre fuera tratado por eminentes doctores, y regresar a Grecia.

»Quiso compartir los doblones con nosotros. Después, otros buceadores se aprestaron a explorar la cueva descubierta por Pete, Bob y Chris, empero sólo hallaron unos cuantos, la mayor parte del tesoro de Una Oreja fue arrastrado por las aguas.

—Estupendo —exclamó el señor Alfred Hitchcock—. Bien, muchachos, habéis justificado mi fe en vosotros, y me será grato presentar vuestra historia de la aventura. Si surge otra investigación extraordinaria, podéis tener la seguridad de que me pondré en contacto con vosotros.

—Gracias, señor.

—Dedicaremos esto al fondo de educación del colegio —dijo Pete—. Sin embargo, puesto que usted nos mandó a la isla del Esqueleto, nos gustaría aceptase uno como recuerdo.

Entregó al señor Hitchcock el mejor conservado de los doblones. El director lo aceptó con una sonrisa.

—Gracias, muchachos. Lo guardaré como un tesoro.

Mientras los tres desfilaban, palpó el doblón entre sus dedos.

—Verdadero tesoro pirata —se dijo con una sonrisa—. ¿Quién hubiera pensado que lo encontrarían? Me gustaría saber qué clase de misterio aguarda a los Tres Investigadores ahora.

***Fin***



ROBERT ARTHUR. Nació el 10 de noviembre de 1909, en Fort Mills, la isla de Corregidor, Filipinas, donde estaba destinado su padre, Robert Arthur padre, entonces un teniente en el ejército de Estados Unidos. Su madre, Sarah Fee Arthur, exintegrante de Nueva Orleans. La infancia de Arthur fue de traslado en traslado, ya que su padre fue trasladado de una a otra base militar. Arthur y su hermano menor, John Arthur, nacido en 1914, fueron educados en las escuelas públicas de Hull, Massachusetts, Ann Arbor, Michigan, de Leavenworth, Kansas, y Hampton, Virginia. Mientras que su padre estaba destinado en el Fuerte Monroe en Hampton Roads, Virginia, Arthur asistió Hampton High School, donde fue elegido Presidente de la categoría de mayores.

A pesar de que ganó la entrada de West Point, Arthur decidió no seguir a su padre en el ejército, y en su lugar se inscribió en William and Mary College en Williamsburg, Virginia en el otoño de 1926. Dos años más tarde, se trasladó a la Universidad de Michigan en Ann Arbor, donde Arthur había vivido durante algunos años en los que su padre había sido un profesor militar de ciencias y táctica en el programa ROTC. Arthur se graduó de la Universidad de Michigan en 1930 con una Licenciatura en Inglés con Distinción. Después de trabajar como redactor en una de las publicaciones Munsey, regresó

a la Universidad de Michigan, donde recibió su Maestría en Periodismo en 1932.

Más adelante se mudó a Nueva York, donde vivió en Greenwich Village, en un apartamento sin ascensor. Durante este tiempo, él comenzó a escribir cuentos para su publicación en revistas pulp. Entre su graduación de Michigan en 1930 y 1940, sus cuentos fueron publicados en Wonder Stories, Semanarios de novelas de detectives, Detective Fiction Weekly, Mystery, The Illustrated Detective Magazine, Street & Smith's Detective Story Magazine, Amazing Stories, The Shadow, Street & Smith Mystery Reader, Detective Tales, Thrilling Detective, Double Detective, Startling Stories, Collier's, The Phantom Detective, Argosy Weekly, Unknown Worlds y Black Mask.

Además, durante este tiempo, Arthur trabajó como escritor y editor de pulp western, fact detective, y screen magazines para Dell Publishing, y fue editor asociado de la Foto-Story, una revista de fotografía publicada por Fawcett Publications. Más significativamente, concibió y editó Pocket Detective Magazine para Street and Smith, la primera revista de bolsillo, todo ficción, en la que varios de sus relatos fueron publicados. En febrero de 1938, se casó por primera vez a Susan Smith de Cleveland, una actriz de «radio soap opera», de quien se divorció en 1940. Ese mismo año conoció a la mujer que se convertiría en su segunda esposa, Joan Vaczek, en una clase para el relato corto que tomó de Whit Burnet en la Universidad de Columbia.

Ese mismo año, Arthur también tomó una clase en la Universidad de Columbia para escritura en radio, en la que la clase se encontraría con su futuro compañero, David Kogan, con quien finalmente escribió y produjo su propio programa de radio, The Mysterious Traveler, que se emitió en la Mutual Broadcasting System desde 1944 hasta 1953, y que ganó el premio Edgar Allan Poe al Mejor Programa de Radio de Misterio del Año en 1952 por los Mystery Writers of America. The Mysterious Traveler también se emitió como el nuevo título de Adventure into Fear, y desde 1948 hasta 1951 juntos, Arthur y Kogan también produjeron Dark Destiny, una serie de televisión dramática. En diciembre de 1946, Arthur y Vaczek se casaron, y se trasladó a Sharon, Connecticut y

luego a Yorktown Heights, Nueva York, donde tuvieron dos hijos, Robert Andrew Arthur (1948) y Elizabeth Ann Arthur (1953). En 1953, a causa de la participación de Arthur, y la participación de su socio David Kogan, en el Gremio de Escritores de Radio, The Mysterious Traveler fue cancelada abruptamente. WOR y la Mutual Broadcasting System, durante la era McCarthy, que se cree que el GTR se llevaba los escritores, en las palabras de Kogan, «por el camino a Moscú». La carrera de Arthur como escritor para la radio llegó a su fin. Antes de que terminara, sin embargo, escribió y produjo más de 500 guiones de radio para sus dos *shows*, así como para otros programas como The Shadow and Nick Carter. Terminado 1952, Arthur trabajó como coproductor para un espacio de misterio en la radio. Continuó, además, la publicación de relatos de corte pulp.

En 1959, después de su divorcio de Joan Vaczek, Arthur se mudó a Hollywood, donde trabajó en la televisión. Escribió guiones para The Twilight Zone, y trabajó como editor de historias y guionista de programa de televisión para Alfred Hitchcock, en Alfred Hitchcock presenta. En 1962 se trasladó de nuevo de Hollywood a Cape May, Nueva Jersey, donde vivía con la tía de su padre, Arthur, Margaret Fisher hasta su muerte en 1969. Debido a su asociación con Hitchcock, Arthur tuvo, durante este período, una estrecha relación con Random House para editar una serie de antologías literarias que pudieran aprovechar la popularidad de Hitchcock. Arthur editó una serie de antologías dentro de Alfred Hitchcock Presents que incluyen AHP: Historias para el atardecer, (1961); AHP: Historias que mi madre nunca me contó, (1963); AHP: Prohibido a los nerviosos, (1965); AHP: Relatos que me asustaron, (1967); AHP: historias que no me dejarían hacer en TV, (1968). Al mismo tiempo, Arthur ha participado en la edición de una serie de antologías para jóvenes lectores, como Alfred
Hitchcock's
Haunted Houseful, (1961); Alfred
Hitchcock's
Ghostly Gallery, (1962); Alfred
Hitchcock's
Monster Museum, (1965); Alfred
Hitchcock's

Sinister Spies, (1966); y Alfred
Hitchcock's
Spellbinders in Suspense, (1967). También editó, bajo su propio nombre, Davy Jones Haunted Locker, (1965); Spies and More Spies, (1967); and Thrillers and More Thrillers, (1968). Las colecciones de cuentos propios de Arthur fueron editados por Random House en Fantasmas y más fantasmas publicados en el 1965 y Misterio y más misterio, publicado en 1966.

En 1964, Arthur también publicó la primera de una serie de libros de misterio para jóvenes lectores, originalmente titulada Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores. Más tarde el nombre de Hitchcock fue eliminado. Antes de su muerte, Arthur escribió diez libros de Los Tres Investigadores: El Misterio en el Castillo del Terror, El Misterio del Loro Tartamudo, El Misterio de la Momia Susurrante, El Misterio del Fantasma Verde, El Misterio del Tesoro Desaparecido, El Misterio en la Isla del Esqueleto, El Misterio del Ojo de Fuego, El Misterio de la Araña de Plata, El Misterio del Reloj Chillón y El Misterio de la Calavera Parlante. Después de la muerte de Arthur, la serie de Los Tres Investigadores fue continuada por otros escritores, y antes de que la serie terminara en Estados Unidos en la década de 1990, se habían publicado un total de cuarenta y tres libros de la serie de Los Tres Investigadores, y once libros en una
Spin-Off
de la serie llamada Crimebusters. Arthur murió en Filadelfia, Pensilvania, el 2 de mayo de 1969, a la edad de cincuenta y nueve años.